

En algunos sitios quedaban huellas del pavimento de ladrillo y de *opus signium*, y en las paredes de estuco rojo.

El ábside propiamente dicho es el de Poniente. Es semicircular y mide 3,40 metros de largo y 2,40 de fondo. El piso es de ladrillo.

El contraábside, situado a Levante, mide 4,50 metros de largo y 3,10 de ancho, y en su cara interna aparecían restos de estuco de color púrpura. De interés es el estudio de la medianería con la nave central de la basílica. Está formada por cinco partes. La del extremo izquierdo contenía, utilizadas como materiales de construcción, dos basas de columnas, de caliza, de orden jónico, sobre las cuales se levantarían fustes acanalados, a juzgar por el negativo que dejaron en el revestimiento calizo del muro. De las otras cuatro partes, o muretes de ladrillo, dos son evidentemente más antiguas, por su esmerada construcción y por estar revestidas de mortero de cal. Es probable que este ábside comunicara con la nave central basilical por tres huecos separados por dos pilares, en los que habría columnas, sobre los cuales se levantarían tres arcos, formando así una iconostasis.

La basílica tuvo primitivamente dos puertas opuestas en los muros Norte y Sur. La primera consta de un pilar central, que sostendría una columna y dos aberturas laterales con sendos arcos que comunicaban con el atrio por medio de escalones. Lo mismo ocurre con la otra puerta, que fué tapiada en parte y que da paso a un ábside (?) que encierra una sepultura. De todas maneras se trata de una adición muy posterior a la construcción de la basílica.

El ábside principal es interno y tiene al lado derecho una sacristía con piso de ladrillo, en el que se abren tres sepulturas, y cuyas puertas comunican una con el atrio y otra con la nave derecha basilical. En el lado izquierdo está el baptisterio, el cual comunica con la nave izquierda y con una habitación de 6,50 por 3,30 metros, que forma la cabecera del atrio correspondiente.

El baptisterio (fig. 1) es de gran interés por la piscina, que tiene forma de cruz y una profundidad de 1,10 metros. Dos de sus lados tienen escalones. Carece de desagüe. A su lado hay otra pequeña con un escalón para el bautizo de los niños.

La basílica tiene en sus frentes más alargados sendos atrios. El derecho tiene una anchura de 3,50 metros y el izquierdo mide 13,50 de largo y 6,60 de ancho. Este último tuvo columnas en su frente de Levante, pues se encontró una basa *in situ* al final de un murete que se prolongaba 2,60 metros más allá de la esquina. En esta parte se encontraron trazas de un piso de cal aplicado directamente sobre el suelo.

Los elementos constructivos y decorativos de la basílica son muy pobres. La cubierta sería de tejas planas e ímbrices. Las columnas son muy diferentes en forma y tamaño; hay cuatro basas, una muy fina, varios fustes mal tallados, la mayoría lisos, varios fragmentos acanalados y un trozo de capitel. Aparecieron fragmentos de molduras y muchos trozos de losas de mármol, lisos y ornamentados, que se utilizaron después en la construcción de las sepulturas. La más interesante es una con cabezas de águila, de estilo oriental.

Del tipo de la basílica de Vega del Mar no se conoce ninguna otra en la Península ibérica. Quizá lo sea la de Espiel (Córdoba), aún no excavada por completo.

En cambio encontramos en el Norte de Africa numerosos paralelos. En Argelia hay contraábsides en las basílicas de Matifou (cerca de Argel), en la capilla del obispo Alejandro, en Tipasa, y en la de Orleansville. Las tres fueron construidas en el siglo IV; la última se edificó en 325 y se añadió el contraábside en 475, para incluir dentro de la basílica la tumba del obispo Reparato. En Túnez tienen contraábside las basílicas de Uppenna y Feriana.

Absides situados en un costado, aprovechando una puerta y con sepulturas, tienen las basílicas de Zraïa y de Henchir Teniet et Kebch.

La disposición de las sacristías de nuestra basílica es idéntica a muchos templos paleocristianos de Argelia y Túnez. El baptisterio está colocado también en una de ellas en la capilla de Gouèa (región de Mèdea, Argel).

De España sólo podemos citar una piscina cruciforme, la de Burguillos (Cáceres), hoy destruída. Otra análoga apareció en la basílica de Manacor, también con extremos redondeados y con escalones. Este tipo, que falta en Francia y casi por completo en Italia, donde sólo hay un ejemplar, el de San Stefano sulla Via Latina, en Roma, aparece con mayor abundancia en el Norte de Africa, en Castiglione, Gouèa (Argelia), El Kantara y Henchir Bourmedes (Túnez); pero su origen, como el de la basílica de doble ábside, es Oriente. Su propagación tuvo lugar por los Balcanes (baptisterio de la basílica de Tchobau-Déré, alrededores de Eski-Djoumaia, Bulgaria), Egeo (baptisterio de la basílica de Panaglia, Melos), Egipto y la costa africana.

La erección de la basílica de Vega del Mar creemos que data del último tercio del siglo IV, pues en 365 fueron destruídas todas las poblaciones del litoral, entre ellas Silniana, por una ola gigantesca producida por un terremoto. Hacia ese tiempo se reconstruyó la ciudad, según hemos podido comprobar en nuestras excavaciones, y es muy probable que entonces se edificara la basílica. Esta hipótesis se apoya en el hecho de que la técnica constructiva sea igual a la de los edificios civiles y a la identidad de los hallazgos menores (cerámica, vidrio, monedas, etc.).

El estudio de las sepulturas que se encuentran en el interior de la basílica, en sus dependencias y atrios y en el exterior, nos permite suponer que en el siglo VI y en los primeros tiempos del VII la basílica estaba ya ruinosa y era sólo una capilla funeraria. Su destrucción definitiva puede datarse como ocurrida hacia la mitad del siglo VII.—*J. P. de B.*

JULIO MARTÍNEZ SANTA-OLALLA.—*Sobre cómo usaron la fibula los visigodos*. «Investigación y Progreso». Año VI, págs. 178-180. Madrid, 1932.

IDEM.—*Zur Tragweise der Bügelfibel bei den Westgoten*. «Germania», XVII Jahrgang, pág. 47. Berlín, 1933.

No es cuestión baladí el saber la manera exacta de cómo usaron las fíbulas los visigodos, puesto que de este conocimiento se llega a una comprensión clara de su uso y, por tanto, de una serie de detalles técnicos.

Desde que Lindenschmidt expresó que las *Bügel fibel* se llevaron con la cabeza para arriba nadie se ha preocupado de averiguar si efectivamente es así, a pesar de los centenares de sepulturas francas y alemanas que se conocen. En 1930 W. Haberey halló, en el cementerio franco de Köln-Müngersdorf, de cuatro sepulturas con *Bügel fibel*, tres con la llamada cabeza para abajo, y en igual disposición aparecieron en la necrópolis de Obermöllern y en una sepultura del cementerio franco de Soest.

La necrópolis visigótica de Herrera de Pisuerga (Palencia), de la que nos ocuparemos en otro lugar, ha proporcionado a J. Martínez Santa-Olalla, que ha dirigido las excavaciones, una serie de sepulturas con *Bügel fibel* con la cabeza para abajo y el pie para arriba.

Las visigodas las llevarían a la altura del hombro, un poco inclinadas, formando

sus ejes un ángulo de 90°. Se comprueba esto por el peso exagerado de la cabeza, por la razón práctica de tener la aguja que atravesar ropajes hasta cinco veces doblados, y porque en ocasiones tiene su cara inferior salientes perforados, con los que, mediante hilos, se unían al vestido para no perderlas en el caso de que se doblara o se perdiera la aguja. Estéticamente era más agradable ver la fibula colocada en la forma propuesta, para lo cual se llegó en ocasiones a decorar el reverso del pie. Por último, en la baja época romana se llevaron así otros tipos de fibulas (*Armbrustfibel* y las *Scharnierfibel*), según se observa en las estelas funerarias.

El Sr. Martínez Santa-Olalla expone en esta ocasión un primer ensayo de clasificación de los ajuares funerarios (broches de cinturón y fibulas), logrado independientemente merced especial de los resultados de sus excavaciones, que coincide con el presentado casi al mismo tiempo por el profesor H. Zeiss, y del que nos ocupamos en otro lugar.—*J. P. de B.*

HANS ZEISS.—*Die Datierung der westgotischen Grabfunde aus Spanien*. «Forschungen und Fortschritte», IX, pág. 1. Berlín, 1933.

IDEM.—*La cronología de los ajuares funerarios visigodos en España*. «Investigación y Progreso». Año VII, págs. 275-277. Madrid, 1933.

En estos trabajos el doctor Hans Zeiss, director de la Römisch-Germanische Kommission de Frankfurt a. N., plantea el problema de la cronología de los broches de cinturón visigodos, conocidos desde A. Götze con el nombre de «Gotische Schnallen». Sus prototipos fundamentales, que en Oriente perduran hasta el 600, consisten en una placa, frecuentemente cubierta de adornos, sobre la cual van muchas veces colocadas aplicaciones circulares o rectangulares con almandines; los tipos rusos terminan en una cabeza de águila, mientras que en los tipos italianos y españoles hay siempre dos. La cabeza de águila aparece también en tipos del Báltico (Alt-Kossewen, Kr. Sensburg, Prusia oriental. Véase *Reallexikon der Vorgeschichte*, dirigido por M. EBERT. Tomo IX, lám. 235).

En España aparecen dos tipos de estas «Gotische Schnallen»: el tipo I, que aparece también en los cementerios ostrogodos y que está compuesto de una placa y un marco, dentro del cual van los cabujones soldados, y el tipo II, exclusivo de España, en que toda la placa está cubierta de un enrejillado con piedras, vidrios y otros materiales incrustados.

A base de las relaciones con Italia, H. Zeiss atribuye el tipo I a la primera mitad del siglo VI. El tipo II desaparece a final del mismo siglo.—*J. P. de B.*

JULIO MARTÍNEZ SANTA-OLALLA.—*Necrópolis visigoda de Herrera de Pisuerga (Palencia)*. 42 páginas, 56 láminas y una en color. Madrid, 1933.

La ya dilatada serie de Memorias de la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades se ha venido a enriquecer con la monografía que a sus excavaciones en Herrera de Pisuerga dedica Julio Martínez Santa-Olalla, y que constituye la número 125 de aquella colección.

Impresión gratísima es la que produce este trabajo en el terreno material. Se halla distribuido en varios epígrafes, que forman un conjunto preciso, armónico y claro, y sus ilustraciones, ricas y abundantes, están al pie, exentas de todo texto que

las recargue, habiéndose introducido por vez primera en una publicación de la Junta la descripción de las láminas, que, aparte de las ventajas estéticas, las tiene muy grandes en un orden práctico de cosas. Esta monografía, por su disposición, puede servir muy bien de modelo para tal género de Memorias.

Es grata para el lector la sencillez y objetividad con que son expuestos los resultados de las excavaciones, evitando las descripciones largas y pesadas y procurando reducir el texto a lo estrictamente indispensable.

En Herrera de Pisuerga, la antigua *Pisoraca*, según cree el autor juntamente con otros investigadores, han aparecido restos romanos y visigóticos. De estos últimos ofrece destacadísimo interés la necrópolis, ya que de este carácter e importancia es la primera en España que es excavada sistemáticamente, siendo también la primera objeto de un estudio y publicación minuciosos, cual corresponde al magnífico conjunto de importancia internacional.

El capítulo o epígrafe V, que trata de la situación y aspecto que ofrece la necrópolis, es digno de ser destacado, pues revela un conocimiento profundo de los problemas que una excavación de este género plantea, a la vez que una perfecta observación y cuidado en los detalles, pues sólo así se explica que no hayan podido pasar desapercibidos ciertos hechos referentes al modo de inhumar los cadáveres, ya que si es fácil la observación en algunos terrenos, lo es muy difícil en un suelo compacto y de una constitución como el de Herrera de Pisuerga.

La descripción de las sepulturas se hace en el epígrafe VI con un objetivismo tal que no se excluyen los detalles importantes de la posición del cadáver, situación relativa de los objetos de adorno y piezas de ajuar sobre aquél, observaciones referentes a las inhumaciones múltiples, que son muy frecuentes, etc. La descripción de las sepulturas está certeramente subordinada a la parte gráfica, que en excelentes fotografías ofrece conjuntos de sepulturas y detalles de éstas, de tal modo que por vez primera es posible formarse idea cabalmente de cuál fué el aspecto de un cementerio visigodo. Las piezas de ajuar se reproducen casi sin excepción a tamaño natural, y hasta en algún caso notablemente ampliadas, si así lo requiere su importancia o naturaleza. De acierto grande hay que calificar la excelente lámina en colores naturales reproduciendo un broche de cinturón con almandines, nácar y vidrios verdes y varios collares, pues ella, mejor que una descripción, da justa idea del gusto cromático de los visigodos.

Hasta aquí nos movemos en un terreno puramente material respecto al libro de Julio Martínez Santa-Olalla, que llega en el preciso momento de que en toda Europa el estudio de la antigüedad germánica es objeto de amoroso y especial cuidado, donde con frecuencia se vuelve la vista a lo que España debiera ofrecer, y desgraciadamente se nota la falta de conjuntos españoles que incorporar al gran núcleo de antigüedades germánicas.

A esa obra internacional de solidaridad científica europea contribuye España de una manera sobria y digna con la monografía de Julio Martínez Santa-Olalla; aportación valiosísima, pues ha sabido sacar partido del conjunto por él excavado y obtener, lo que es básico en Arqueología, un punto cronológico seguro que le permitirá a él y a todo el que se ocupe de estos problemas una base de trabajo inapreciable.

En poco más de tres páginas del epígrafe VII da la cronología de sus descubrimientos, y en general de todos los de la Península ibérica. Sus conclusiones vienen a demostrar la certeza de las líneas generales de lo expuesto teóricamente por N. ÅBER, *Die Franken und Westgoten in der Völkerwanderungszeit* (Uppsala,

Leipzig, París, 1922), y que se ve confirmado en la base para su cronología absoluta por los resultados a que independientemente ha llegado el gran especialista H. ZEISS (*La cronología de los ajuares visigodos en España*, en «Investigación y Progreso», VII, pág. 275, 1933).

Tomando como base especial los broches de cinturón, fíbulas y cuentas de collar llega J. Martínez Santa-Olalla a establecer tres grupos, denominados gótico, visigótico y bizantino, que en números redondos se corresponden con los siglos V, VI y VII. Al segundo de dichos períodos, esto es, al del siglo VI, corresponde la necrópolis de Herrera de Pisuerga, que si verdaderamente no es la más rica de las españolas, pues en ciertos aspectos la aventaja su coetánea de Carpio de Tajo (Toledo), excavada hace once años y aún inédita, será la localidad clásica en la arqueología visigoda, ya que ella es la clasificadora.

En el breve capítulo de *Cronología*, brevísimo para lo que nosotros hubiésemos deseado, aunque responda justamente al deseo y voluntad de su autor de no hacer una larga exposición doctrinal, vemos todo un programa a desarrollar en ulteriores trabajos, ya que son bastantes los problemas que tan sustanciosas páginas plantean. Alguno de éstos, de detalle, han sido tratados ya en sendos trabajos (J. MARTÍNEZ SANTA-OLALLA: *Sobre cómo usaron la fibula los visigodos*, en «Investigación y Progreso», VI, pág. 178, 1932, y *Zur Tragweise der Bügelfibel bei den Westgoten*, en «Germania», 17, pág. 47, 1933). Otros, por ejemplo, como el planteado por el broche de bronce fundido de la sepultura 46, con decoración en el estilo animal I de Salin, comparable a otras piezas castellanas y del Sur de Francia, que sólo ahora, después de las excavaciones y estudios de Martínez Santa-Olalla, podrán ser interpretados exactamente y valorizados como les corresponde, aguardan un desarrollo de tan evidente interés como es todo lo relacionado con las primeras manifestaciones de los estilos nórdicos en el Sur de Europa.

En suma: estamos ante un trabajo modelo de positivo valor científico, que afortunadamente para la ciencia española, gracias a la nueva generación, abierta a los modernos métodos de trabajo y conocedora de todo el movimiento científico internacional, nos brinda, no con promesas, sino con frutos sazonados, realidades positivas, tales como la *Necrópolis visigoda de Herrera de Pisuerga*.

España se incorpora al movimiento científico europeo de este sector de la Arqueología gracias a J. Martínez Santa-Olalla. Es de desear, ello es fácil, que se persevere en el camino emprendido y que pronto sean legión las necrópolis excavadas y estudiadas como la de Herrera, para que dentro de algunos años el *Esquema de la arqueología visigoda*, que el joven arqueólogo esbozaba recientemente en «Investigación y progreso», VIII, págs. 103-109, 1934, se convierta en el índice del gran libro donde definitivamente se estudie la Península ibérica.—Hugo Obermaier.

BLAS TARACENA AGUIRRE.—*Cadáveres atravesados por clavos en el cementerio judío de Deza (Soria)*. «Investigación y Progreso». Año VII, págs. 65-71. Madrid. 1933.

HUGO OBERMAIER.—*Leichennagelung in spanischen Mittelalter*. «Forschungen und Fortschritte», IX Jahrgang, págs. 169-171. Berlín, 1933.

A todos los hallazgos anteriores estudiados por el profesor H. Obermaier en su trabajo *Leichennagelung in Altspanien*, ya comentado en el volumen II-III de este ANUARIO (pág. 242), se añaden ahora los de la necrópolis próxima a Deza (Soria)

del cerro de los Judíos, de la cual el director del Museo Numantino de Soria ha excavado 57 sepulturas.

Consisten éstas en fosas con los esqueletos en decúbito supino. El ajuar es escaso: cinco sortijas de plata con chatón, de ellas tres con leyenda hebrea (Jehovah y Schadai), una con una piedra engastada y otra con un adorno inciso, y pendientes o collares de vidrios y azabaches. Tanto por el carácter artístico como por las monedas, Taracena data la necrópolis judía de Deza como del siglo XII al XIII.

Lo más curioso de ella es que en 38 sepulturas se encontraron clavos, unos pertenecientes al féretro y otros en tal posición que obligan a pensar que perforaron intencional y primitivamente los cuerpos.

En unos casos los clavos están colocados verticalmente, bordeando el cráneo, en la articulación del codo, entre la tibia y el peroné, etc., pero sin producir lesión a los huesos, lo cual hace suponer que sólo atravesaron los paquetes musculares. Taracena desecha el empleo de ataúdes de madera, y cree que los cadáveres fueron clavados a parihuelas, lo que concuerda con la imprecación popular castellana «clavado te veas como judío», y con el terror y respeto a los muertos que sentía este pueblo, claramente expresado con la prohibición de Maimónides, en sus comentarios al Talmud, de tocar parte alguna de los cadáveres, excepto los cabellos, que podían guardar los padres del difunto como recuerdo.

Queda como acertada la explicación del profesor Obermaier de que el clavar el cuerpo obedece a la idea del «cadáver vivo», es decir, el poder del muerto de abandonar su tumba y causar daños y perjuicios a los supervivientes, idea arraigada en los pueblos salvajes actuales y a la que se debe posiblemente la práctica en los pueblos prehistóricos.

En otras ocasiones los clavos perforan partes vitales como la cabeza, el corazón, el pubis, etc., lo que lleva a Taracena a «interpretar la ceremonia como de carácter expiatorio de faltas cometidas antes de la muerte». Por último, y como prueba de variaciones en las ideas funerarias de los judíos medievales, hay que señalar la presencia de cadáveres enterrados en Deza sin madera ni clavos.

El rito de los cadáveres clavados, que en la Península ibérica se inicia por lo menos en el Eneolítico (Vilars, cráneo atravesado por un clavo), se sucede a través de las edades del Metal y época romana para desarrollarse nuevamente en el pueblo judío de la Edad Media.—*J. P. de B.*

JUAN CUADRADO RUIZ y A. VAYSON DE PRADENNE.—*Un Glozel espagnol. Les falsifications d'objets préhistoriques à Totana.* «Bulletin de la Société Préhistorique Française». Núm. 9, págs. 371-390. Le Mans, 1931.

Apaciguado el escándalo que rodeó las famosas falsificaciones de Glozel A. Vayson de Pradenne, que tan ardentemente luchó por demostrar la verdad, ofrece, en colaboración de Juan Cuadrado Ruiz, la historia de otras falsificaciones célebres, las de Totana, hecha por uno de los mismos autores de ellas. Tales fraudes tienen por autores gente ingenua, que se basan en la ignorancia y en el afán de lucro o de popularidad de sus compradores, los cuales carecen de conocimientos necesarios para efectuar una crítica severa.

El «negocio» de Totana comenzó por la imitación de vasos auténticos de una necrópolis argárica de Cabezo de la Bastida, descubierta casualmente. Después copiaron vasos antiguos de distintas publicaciones, y por último, en vista del éxito,

empezaron a hacer vasos fantásticos en forma de cabezas humanas, para lo cual se inspiraron en cosas americanas. Las antigüedades ibéricas les sirvieron de base para falsificar estatuas de piedra y de bronce. Las falsificaciones de Totana inundaron todo Levante, y llegó a estar expuesto un lote en el Museo Municipal de Barcelona. Afortunadamente los totanas tuvieron su éxito entre aficionados, en que la audaz ignorancia les permitía leer de corrido las inscripciones falsas, pero carecieron de defensores de renombre como Glozel. —*J. P. de B.*

Prehistoria madrileña

JOSÉ PÉREZ DE BARRADAS Y FIDEL FUIDIO (MARIANISTA). — *Un nuevo yacimiento paleolítico de la zona de las Delicias (Madrid)*. «Sociedad Española de Antropología, Etnografía y Prehistoria». Memoria LXX, sesión 51, págs. 155-160. Madrid.

No hay prehistoriador digno de este nombre que no conozca, al menos por la bibliografía, la importancia de las estaciones paleolíticas de los alrededores de Madrid y cuánto han contribuido para el estudio principalmente del paleolítico inferior. Las estaciones se multiplican de tal modo, sobre todo en el valle del Manzanares, que, como muy bien dicen los autores de la presente Memoria, «se trata en realidad más bien de niveles arqueológicos, que ocupan considerables zonas de terreno, que no de estaciones limitadas». Esto mismo tuvimos ocasión de examinar *in situ* hace algunos años en una visita que allí realizamos bajo la dirección del ilustre conde de la Vega del Sella. Así se explica cómo sencillos trabajos de campo, y hasta la acción misma del agua, hagan aparecer a flor de tierra instrumentos paleolíticos.

Uno de los terrenos en donde hace años (1917) se habían encontrado estos útiles es el de las Delicias, situado junto a la estación del ferrocarril del mismo nombre. Fué estudiado y publicado en 1918 por el profesor H. Obermaier y por P. Wernert, que en él encontraron industria de transición para el Paleolítico superior, Musteriense antiguo y un Acheulense superior. Más tarde (1924) el mismo profesor Obermaier, en colaboración con J. Pérez de Barradas, rectificó completamente la clasificación dada en 1918, colocando la primera industria en el Musteriense final de tradición acheulense, la segunda en el Musteriense y la tercera en el Musteriense de tradición acheulense y sbaikiense.

La tirada aparte que examinamos nos da noticia de nuevos hallazgos en los campos situados junto a la misma estación de ferrocarril. Proyectan ellos nuevas luces sobre los estudios antiguos, pues la industria encontrada parece más evolucionada que la primera. Faltan las puntas sbaikienses y las hachas de mano de tradición acheulense. Abundan los instrumentos de tipo pequeño y siempre con tendencia para una mayor perfección. En ningún local de esta estación de las Delicias se había encontrado hasta la fecha una punta musterriense tan finamente retocada como la que viene reproducida en este trabajo con el número 7.

La conclusión a que llegan los autores es que el hombre, después de haber abandonado esta zona de las Delicias, volvió de nuevo a establecer allí sus campamentos, ya en las postrimerías del Musteriense.—*Eugenio Jalhay*.

MANUEL SERRANO SANZ.—*La escultura madrileña del Paleolítico inferior*. «Revista de la Biblioteca, Archivo y Museo» del Ayuntamiento de Madrid. Año IX, págs. 124-134, con ocho figuras. Madrid, 1932.

Fantasia muy propia de un aficionado, que no sabemos cómo ha podido aparecer en una publicación tan seria y tan afamada como la «Revista de la Biblioteca, Archivo y Museo» del Ayuntamiento de Madrid. Bastará decir que en sílex paleolíticos de un arenero de Villaverde ve tigres rugiendo, animales y «patriarcas como nos imaginamos los del Génesis».—*J. P. de B.*

JOSÉ PÉREZ DE BARRADAS.—*Los problemas del Paleolítico superior madrileño*. «Investigación y Progreso». Año VIII, págs. 249-254. Madrid, 1934.

Resumen de las conclusiones del trabajo *Nuevos estudios sobre Prehistoria madrileña*.—I. *La colección Berto*, aparecida en el ANUARIO DE PREHISTORIA MADRILEÑA, vols. IV-V, págs. 1 a 90. Madrid, 1933-34.—*E. M. B.*

Prehistoria y Arqueología africana

LEO FROBENIUS et HENRI BREUIL.—*L'Afrique*. «Cahiers d'Art». V^{me} année. Paris, 1930.

Con motivo de una exposición de copias de pinturas rupestres de la expedición Frobenius, realizada en los años 1928-30 al Africa del Sur, la revista francesa «Cahiers d'Art» consagró un fascículo al estudio de los orígenes de la cultura africana. Para el desarrollo de este tema tan inmenso y tan poco conocido, pero de tanto interés, encomendó la redacción del número a dos eminentes sabios: el profesor Leo Frobenius, director del Forschungsinstitut für Kulturmorphologie de Frankfort, y al abate Henri Breuil, profesor del Collège de France. Las ilustraciones del fascículo son abundantísimas y selectas, y dada la importancia del tema y de los autores lo convierten en elemento indispensable para toda aquella persona que se dedique a Etnología o a Prehistoria.

Aunque la figura de Léo Frobenius sea conocida en todos los círculos científicos, el profesor Otto nos la presenta en dos páginas de una manera concreta. Discípulo de Richthofen, consagró toda su vida al estudio de los pueblos africanos, y después de veinticinco años de labor documental las ideas emitidas con anterioridad sobre los «orbes culturales» germinaron en su obra *Paideuma*, aparecida en 1920. Sería vano el mencionar las obras principales del eminente africanista, entre las

cuales se destacan el *Atlas africanus*, *Das unbekannte Africa* y *Madsimu Dsan-gara*. De extraordinario interés es también *Haschara Maktuba*, publicada en colaboración con el profesor Hugo Obermaier.

El trabajo original de Frobenius, publicado en «Cahiers d'Art», es un resumen de sus métodos y de sus ideas capitales, pero tan densamente cargado de interés científico que nos vemos obligados a salirnos de los límites de una nota bibliográfica si hemos de pretender dar un resumen al lector de los mismos.

Al Norte de Africa se presenta con una nitidez extraordinaria el grupo de las culturas camíticas, fuertemente arraigadas en el país, puesto que tenemos la prueba en los yacimientos prehistóricos y en el arte rupestre del Sáhara. Constituyen lo que él llama cultura sirtica.

Este es, según palabras de Frobenius, de una grandeza importante, puesto que está lleno de profundo significado mágico, como las del Norte de España y Francia. Él describe una escena que presencié en 1905 en las selvas vírgenes, entre Kassai y Luebe: Unos pigmeos, antes de proceder a la cacería de un antílope, dibujaron éste en la tierra, a la salida del sol, y dispararon sus arcos contra él. Frobenius ve también el espíritu camítico en la figura de leones o leopardos con la cabeza vuelta al espectador, pues estos animales juegan un papel importante en la Mitología y en las ceremonias de iniciación. En muchos pueblos, en la consagración de la madurez sexual, un sacerdote disfrazado de leopardo da un zarpazo al neófito y lo mira fijamente. La mirada de un antílope moribundo, dirigida a las partes sexuales del cazador, le quita vigor y fuerzas para procrear. El período femenino se debe, según otros pueblos, a que habiendo vertido una mujer el «cuerno de sangre», el felino, «señor de los animales», se lo lanzó al vientre. Los temas de esta cultura son: mirada, sangre, sexo y nombre. La sangre no es el soporte de la vida, sino la vida misma. El nombre no es un sonido, sino que forma parte integral de quien lo lleva, y la mirada es materia. De aquí el florecimiento de la magia.

No todos los pueblos camíticos han permanecido en el grado de cazadores. Algunos, como los bereberes, tuaregs, fulbes y libios, se han convertido en ganaderos; pero, sin embargo, han permanecido fieles a las concepciones mágicas. El robo de ganado, la casa y la guerra son ocupaciones de los hombres, y dignas las hazañas de loa y de honor. La forma de la familia es el clan matriarcal, en el que la mujer está unida estrechamente, no al marido, sino al padre o a los hermanos. Ella debe ser conquistada por el hombre por su valor, su riqueza y su audacia.

De esta manera nace en estos pueblos un ideal caballeresco. El noble abandona su ciudad, y acompañado de sus escuderos (*sufas*) y trovadores (*chalis*) marcha a lejanas tierras a conquistar la fama, el honor, la riqueza y el amor.

Al mismo tiempo Frobenius admite otras dos grandes culturas africanas: la eritrea y la atlántica, que tienen sus focos originarios en la costa del Mar Rojo una, y otra en el golfo de Guinea.

La antigüedad de la primera se reconoce por los campos de ruinas de la costa de Mozambique (Symbaje) y de las orillas del Mar Rojo (Koheito), que se han relacionado con la Ofir bíblica. Característica de esta cultura, que se propaga después por el W. hasta llegar a la desembocadura del Congo, es la forma del Estado. En la cumbre del poder está el rey, que está ayudado por cuatro funcionarios correspondientes a los puntos cardinales. El rey es un dios sobre la tierra y de él depende la prosperidad del pueblo. Cuando muere ahogado o ahorcado al cabo de ciertos años determinados de reinado, se convierte en dios protector de sus súbditos.

La cultura atlántica tuvo su origen en el golfo de Guinea, según Frobenius, y

de sus orígenes destacan de manera especial los descubrimientos realizados en Ife o Ufa, en el país de los jorubas. La serie magnífica de terracotas nos habla de una cultura elevada, pues son de una extraordinaria perfección artística. La forma política descansa en un concepto del mundo eminentemente religioso. El cielo está dividido en regiones, al cuidado de un dios con acción propia: guerra, agricultura, sol, lluvias, etc. De igual modo la sociedad está dividida en tribus y subdividida después en agrupaciones más pequeñas. Característicos son los oráculos. Frobenius cree que esta cultura procede del Asia occidental, y que, como las anteriores, refleja otros tiempos, que se han conservado en Africa por el carácter estancado de los indígenas. «He aquí lo grande y magnífico —dice Frobenius— que el continente africano, sepultado en tan largo olvido, ha podido enseñarnos hoy muchas cosas que desde antaño vivían y florecían en su seno, cuando en Asia y en Europa hacía ya mucho tiempo que un nuevo sentido cultural había embargado el ánimo de los hombres.»

Una de las obras principales de Leo Frobenius es la colección de cuentos africanos titulada *Allantis* (1921-29, doce volúmenes), de los cuales ha editado algunos la «Revista de Occidente» bajo el título *El Decamerón Negro* (Madrid, 1925). El doctor Jensen precede a los que se publican en el fascículo de «Cahiers d'Art» de una noticia sobre la técnica empleada para su recolección. Frobenius ha utilizado un intérprete, y después ha procurado reflejar el espíritu del cuentista y de dar una idea verdadera del contenido artístico de cada creación. La poesía popular africana es oral, y los mitos y leyendas recogidos por Frobenius no son sólo documentos científicos del primer grado, sino también obras de arte literario. Véase si no la leyenda caballeresca de Samba Gana, o el mito original de «Los platos de las dos mujeres».

Como muestra del método geográfico seguido por L. Frobenius, nos ofrece el Dr. Ad. Jensen un corto resumen de sus características y una serie de mapas.

Si en éstos marcamos la repartición de las formas, de los utensilios, de las armas (por ejemplo, arcos), viviendas, sepulcros, instituciones, de los mitos, ideas morales y religiosas, etc., veremos que varios de ellos coinciden. El conjunto de estos elementos es lo que caracteriza una cultura. Así vemos que la extensión geográfica de la choza cupular, del duelo por el honor y la mujer, el trabajo del cuero y la construcción de la choza correspondientes a la cultura camítica, son distintas de la del patriarcado; el granero y la habitación sobre pilotes, propios de la cultura etiópica. (No comprendemos cómo es posible el desprecio de la virginidad en una cultura patriarcal, cuando todos los autores lo creen propio de la matriarcal.)

* * *

Hace algunos años era muy poco lo que se sabía sobre Prehistoria africana; pero en corto tiempo se han sucedido los hallazgos y estudios de tal manera, que es posible el tener una idea, aunque esquemática, del origen y desarrollo de las culturas humanas en el continente negro, como la que nos proporciona el profesor H. Breuil de manera completa e irreprochable.

Los hallazgos prehistóricos forman varias zonas geográficas debidas, no a la intensidad mayor o menor de las investigaciones, sino a causas naturales. Tales son: Africa menor (Túnez, Argelia y Marruecos), Sáhara, estepas del Sudán y del Níger, valle del Nilo, Abisinia, región de los lagos y el Sur del continente. Proba-

blemente la selva virgen de la región ecuatorial impidió, ya en época prehistórica, el desarrollo de la cultura humana.

H. Breuil se limita a presentar los hechos más salientes. En Africa del NW. el Paleolítico inferior está muy bien representado, tanto en Túnez (Gafsa) como en Constantina (Clairfontaine, Ternifine), Orán (Palikao), Marruecos (El Onck, Rabat), como en el Sáhara (Iguidi) los tipos no son uniformes, sino que se pueden distinguir facies de distintas edades. Se puede admitir un Chelense grosero muy patinado, seguido de hachas de mano (*limandes*) menos patinadas y mejor talladas, y después de tipos lanceolados finos y cordiformes.

El Chelense y Acheulense aparecen también en Mauritania sahariense, en Senegal central y en Nigeria.

Los hallazgos del valle del Nilo son muy típicos y conocidos desde hace algún tiempo. Menos lo son los de Abisinia y Somalilandia. La localidad más típica de aquí es Inutugán, donde aparece un Acheulense superior o Micoquiense.

En la región de los lagos los trabajos de L. S. B. Leaky y Solomón dan por resultado el hallazgo de dos instrumentos «prechelenses en Baringo», hachas acheulenses en Kariandusi River e industria acheulense-musteriense en Karatí River.

Sobre los hallazgos del Sur de Africa nos ocuparemos con todo detalle con motivo de otra publicación del profesor H. Breuil. También se mencionan en el territorio africano formas levalloisienses y clactonienses.

En el Paleolítico medio parece como si hubiera primero un Musteriense normal y después el Ateriense con puntas pedunculadas y que procede de aquél por evolución directa. Ambas industrias están superpuestas en Sidi Mansour (Túnez). Los hallazgos de ambos son muy abundantes. Citaremos de Musteriense puro los de Fedj-el-Botna (a 70 kilómetros al Sur de Tebessa), y de Ateriense los de Gafsa (Túnez), Oum-el-Tine, Bir-el-Ater (Argelia), Oudja à Salsafat, Rabat, Mogador (Marruecos) y Koudiat-el-Hamra (Marruecos oriental).

En el Sáhara hay algunas estaciones de Musteriense puro, pero lo que domina es el Ateriense, que se extiende del Norte al Sur y del Atlántico a la Tripolitania. Piezas aisladas aparecen en Egipto, y más raramente en Africa del Sur. Aquí el Ateriense se carga de tipos propios del Paleolítico superior y de puntas de hoja de laurel sbaikienses. Lo mismo sucede en el oasis de Siwa, en el desierto de Libia occidental.

El Paleolítico medio de Egipto ofrece más relación con el Levalloisiense europeo que con el Musteriense, pero hay algunas débiles influencias sbaikienses (Abou-el-Nour) y aterienses (alrededores de Tebas). Industrias de carácter levalloisiense y musteriense se encuentran también en Abisinia y en Somalilandia, donde hay puntas de tipo solutrense que pueden atribuirse a evolución del hacha fina acheulense o a influencias sbaikienses.

El desarrollo industrial en el Africa oriental, según Leaky, es un Musteriense, que al final sufre influencias auriñacienses, y en el que se fabrican puntas de descendencia solutrense. Este Musteosolutrense aparece también en el Sur de Africa.

Respecto al Paleolítico superior, Breuil trata primero con cierto detenimiento del de la zona africana del NW., donde son típicos los grandes concheros (*escargotières*) con industria capsiese, típica en el Sur, y del Iberomauritaniense en la costa que se prolonga hasta Marruecos. En el Sáhara el Capsiese, salvo en el Tidikelt, no ha penetrado hasta su fase más moderna.

Una facies del Paleolítico superior se ha extendido por el Africa occidental, y otra existe también en el valle del Nilo (Sebiliense). Los hallazgos se continúan con

poca intensidad por Abisinia, costa eritrea y el Africa oriental, donde a cultura de Nakuru se prolonga bastante, pues aparece con objetos importados. En Africa del Sur existen industrias análogas al Paleolítico superior, como veremos más adelante al tratar de otros estudios del profesor H. Breuil.

Este nos cierra su estudio sobre industrias prehistóricas con un estudio sobre el Neolítico, y pasa revista a las culturas del Egipto predinástico (Fayum, oasis de Siwa, Badari, *kitchenmiddens*, Abydos), Sáhara, costa nórdica, etc. En toda esta parte el foco principal ha sido el desierto, y a su desecación se debe la dispersión de la cultura sahariense en todas direcciones. Hallazgos neolíticos, más por la cultura que por el tiempo, se han citado en Africa central. En el Sur parece haber habido una influencia retardada e indirecta de las culturas predinásticas por ciertos tipos industriales (véase lo que hemos indicado que opina Frobenius sobre las pinturas en líneas anteriores), pero sin que se pueda propiamente hablar de una cultura neolítica.

Al reseñar los conocimientos actuales sobre el arte rupestre africano Breuil comienza por señalar que los dibujos del Karkoum Thal corresponden a un arte de pueblos cazadores, en el que la analogía con el del Sur de Africa es demasiado grande para ser fortuita. Respecto a otra localidad del mismo desfiladero indica que las pinturas más antiguas recuerdan el nivel más arcaico del Este de España y los conjuntos más antiguos del Africa del Sur. Lo mismo sucede con otras localidades del Hoggart, entre las que se destaca la gruta de In Ezzán.

En Abisinia aparecen en la gruta de Diri-Daona pinturas mal conservadas, pero que no son geométricas ni esquemáticas, y que pueden estar en relación con el estadio industrial que Breuil ha llamado musterosolutrense. Esquemáticas son, por el contrario, las de otras grutas abisinias: el abrigo de Bwanga (Victoria Nyansa), Songo (Sudán), Bamoko (Alto Níger), etc.

En el Noroeste de Africa distingue tres etapas: la más reciente esquemática la relaciona con el arte rupestre neoeneolítico de Andalucía; la media medianamente geométrica, pero con dibujos menos ingenuos y complicados que los de la fase anterior, y la más antigua, de carácter realista, que considera como de época en que el gran búfalo vivía aún, que supone sea el Cuaternario inferior y que correspondería al fin del Capsiense. Los modernos estudios, entre otros, de Reygasse y Obermaier, de los que hacemos referencia en este volumen, han demostrado de manera indiscutible el que el arte rupestre de Africa menor no es de época cuaternaria, sino que sus comienzos corresponden al Neolítico.

El trabajo meritisimo de H. Breuil sobre el Africa prehistórica termina por una exposición resumida del arte rupestre del Sur de Africa. A fin de no repetirnos, remitimos al lector a nuestra reseña de otro trabajo del profesor H. Breuil sobre esta región.—José Pérez de Barradas.

HENRI BREUIL.—*Premières impressions de voyage sur la Préhistoire sud-africaine*. «L'Anthropologie». Tomo XL, págs. 209-223. París, 1930.

Tanto en esta publicación, en que resume una conferencia dada en el Institut de Paléontologie humaine de París el día 15 de febrero de 1930, como en las páginas del cuaderno de «Cahiers d'Art» dedicado a *L'Afrique*, el gran especialista francés Henri Breuil expone sus puntos de vista sobre la Prehistoria del Sur de Africa, basados en observaciones personales sobre las colecciones, los yacimientos y las rocas con arte rupestre de este país hechas en un viaje de estudio.

Desde hace tiempo ha llamado poderosamente la atención del mundo científico

el hallazgo en el Sur de Africa de industrias líticas y de arte rupestre que ofrecen analogías extremas con el Paleolítico europeo. Los estudios y las publicaciones se han sucedido sin interrupción hasta el momento presente, pero varían las opiniones sobre si tales analogías se deben solamente a paralelismos culturales o si, por el contrario, hay alguna relación cultural y cronológica. Dicho de otro modo: si las culturas del Sur de Africa corresponden a pueblos primitivos que por la ley del «pensamiento elemental» han seguido un desarrollo igual en la industria y en el arte que los hombres paleolíticos con toda independencia de éstos, o si, por el contrario, se trata de pueblos emparentados con los que vivieron en el Mediterráneo durante la Edad de la Piedra tallada, y que tanto como éstos se desarrollaron durante el período cuaternario.

La cuestión no está satisfactoriamente resuelta todavía, pues, como ha indicado el profesor H. Obermaier en el volumen anterior de este ANUARIO (volumen II-III, páginas 268-269) con motivo de la reseña de la obra de VIKTOR LEBZELTER, *Rassen und Kulturen in Südafrika. Die Vorgeschichte von Sud und Südwestafrika*, que es aún pronto para tales empresas por la falta de descubrimientos que a través del Africa pongan sucesivamente en relación el Sur de Africa con el Norte del continente negro, Palestina y Europa. También cree que, «dado el tiempo enorme que comprende la Prehistoria sudafricana y la escasez de yacimientos con estratigrafía definida, aún es pronto para afirmar con plena seguridad qué culturas son evidentemente de edad cuaternaria —aunque es probable que lo sean algunas— y cuáles pertenecen a la actualidad geológica.

El profesor H. Breuil nos ofrece datos interesantes sobre los yacimientos con estratigrafía de Bambata (Matopo), de Peers Cave (Skildergatkop) y sobre las dunas de la costa. Es de interés también la indicación de que en las industrias más primitivas aparezcan gravas en las terrazas fluviales más elevadas, mientras que en otras más modernas se hallen en las bajas o en limos y depósitos de otro origen que el fluvial. El desarrollo industrial, según Breuil, es el siguiente:

Edad de la Piedra antigua:

1.º Cultura de *Stellenboch*.—Formada por hachas de mano, cuyas tres etapas equivalen: *a*), inferior = Chelense + Clactoniense; *b*), media = Acheulense antiguo, y *c*), superior = Acheulense superior.

2.º Cultura de *Fauresmith*.—Con hachas de mano pequeñas y núcleos parecidos a los levalloisienses. Sus divisiones serían tres: *a*), inferior, con lascas parecidas a las levalloisienses antiguas; *b*), medio, con hachas muy típicas, análogas a las de La Micoque, y *c*), superior, con discos de pequeñas dimensiones y lascas delgadas.

Edad media de la Piedra:

Conjunto de industrias con caracteres mixtos de Musteriense, Auriñaciense, Solutrense y Capsiense. En la provincia de El Cabo se suceden de esta forma: Cultura de *Mossel-Bay*, de carácter musteriense; cultura de *Glen Craig*; cultura de *Still-Bay*, la más solutrense de todas, y la cultura de *Howilson's Port Cave*, con buriles y hojas con dorso rebajado.

Edad superior de la Piedra:

Comprende dos facies: 1.º *Smithfield*, con hojas y raspadores abundantes, pocos buriles, bolas perforadas (Kwé) y utensilios de aspecto campañense o asturiense por convergencia.

2.º *Wilton* o Tardenoiense sudafricano, con industria microlítica y al final cerámica.

Aunque este tema tenga un gran interés científico, lo que más cautiva del Sur

de Africa al prehistoriador y al etnólogo es el arte rupestre de maravilloso realismo y perfección, que recuerda de manera sorprendente el del Levante de España.

Para la cronología de las primeras etapas no tenemos ningún dato cierto como representaciones de animales extinguidos. Las hay, sí, de animales que han emigrado, como, por ejemplo, el hipopótamo, quizá a causa de una progresiva desecación del país. Muy frecuentes en el Sur son las representaciones de los bantus, que invadieron estos países a partir del siglo xvii. Otras pinturas nos ofrecen también hombres blancos, fusiles, carros boers o animales domésticos, de los cuales conocemos la fecha de su introducción en el Sur de Africa (cabra de Angora y asno, a partir de 1689, y caballo y oveja merina, hacia 1800).

Sobre el criterio del estudio de estas manifestaciones artísticas hemos de advertir que varían fundamentalmente según los autores. El profesor H. Breuil nos dice que «en tanto que numerosas pinturas son tan netamente *fósiles* como las del Paleolítico superior de la España oriental, otras tienen un estado físico comparable a los frescos neolíticos de la Península ibérica, y otras son más modernas por la vivacidad de los colores»; otros autores, como Stow-Bleek, nos dicen que no se puede emplear como criterios de la edad relativa de las pinturas ni su grado de conservación, ni el orden de superposición de los colores, ni el valor artístico, ni el estilo.

Por lo que se refiere a quién fué el pueblo autor de este arte, no cabe duda de que fué el bosquimán. Los antiguos viajeros, como Barrow, que recorrió el Africa meridional en 1797, lo atestiguan así, y también los bosquimanos actuales, que no pintan ya y que han olvidado el tesoro folklórico de su pueblo. Es más: el último bosquimán maluti conocido llevaba, cuando fué muerto en 1866, diez pequeños recipientes de cuerno que contenía cada uno un color diferente.

Según M. C. Burkitt, en el arte bosquimán, que en sentido amplio abarca una comunidad de estilo, aunque en realidad sus autores sean otros pueblos que los bosquimanos, pueden distinguirse tres zonas geográficas: Rhodesia, la región central de Orange, Basutuland, Natal y el Este del Estado libre de El Cabo, y las regiones del Sur de Natal y de El Cabo. A éstas podemos añadir otra zona: la de los territorios de Damara y Namaqua, de la antigua colonia alemana del Sudoeste de Africa.

La zona de Rhodesia se caracteriza por ser su estilo evidentemente más antiguo y por las escenas míticas. Los grabados más antiguos que se encuentran en la zona Norte son comparables a los más primitivos de los arunta de Australia. Están en rocas planas, cerca de fuentes, y representan huellas de pies humanos y de animales y esquemas primitivos. En general, el desarrollo estilístico y técnico de los grabados, según Burkitt, se hace partiendo de figuras de trazos lineales, que culminan en aquellas de animales de relleno completo, y modeladas a veces, para terminar en otras de trazo grosero y esquemático mezcladas con figuras esquemáticas. Este desarrollo es general para todo el Sur de Africa.

Las figuras míticas y místicas y los tipos análogos al arte predinástico egipcio, sobre los cuales ha tratado Leo Frobenius en su última obra, son propias de esta región y elementos importantísimos para su estudio.

En la zona central es donde el arte bosquimán alcanza su apogeo. Aquí, según H. Breuil, se distinguen diez y siete series sucesivas. Las siete primeras son de un solo color, que a partir de la más antigua es *blanco* o *amarillo* (figuras filiformes, *amarillo*, *rojo pálido*, *negro*, *rojo pálido*, *rojo oscuro* y *rojo* con retoques *blancos*). La octava serie es ya de figuras policromadas o, mejor dicho, bicromadas y de excelente estilo, sin ninguna huella de los pueblos pastores bantus, hotentotes y europeos. A partir de aquí se inicia la degeneración, que apenas se nota en las se-

ries novena y décima de color único *pardo rojizo y negro*, ni en la undécima, que es policromada y de buen estilo. El retroceso es ya patente en la siguiente capa policromada, y sobre todo en las restantes de colores *blanco y negro*, o un solo color vivo, *rojo, amarillo, blanco*, y por último *rojo naranja*.

En el grupo del Sur, que sigue un desarrollo casi análogo al del centro, no se alcanza tanta perfección. No obstante hay frisos de gran valor artístico, como por ejemplo, los animales bicromos o monocromos, pero modelados, de Costellos Farm Zuurfontein, Burley, Louw's Kloof, la lucha de dos partidas de bantus por un rebaño de vacas de Modderport, las danzas de Orange String, etc.

Antes de terminar nos ocuparemos brevemente de las supuestas relaciones de este arte con el del paleolítico del Levante español, cuya tesis sostiene H. Breuil. Manifestaciones de un arte rupestre semejante al del Sur de Africa se conocen en la región del lago de Tanganika, en los alrededores de Kisana e Ilongeró, en Abisinia, en la cueva de Diri-Daona, y en el Sáhara. Aquí se han descubierto varias localidades con figuras naturalistas, pintadas o grabadas, en el valle de Talliz Zharen (Mourzouk), Fezzan, en el Oued Bou Aluan, cerca de Karakda (Djebel Amour, Sáhara-Atlas), en la cueva de In-Ezzan (al Sur de Rhat, en el Fezzan) y en el oasis de Ouenat (Kartoum Talk, al Sur de los oasis de Kufra, en Trípoli). Recuerdan por un lado el arte del Sur de Africa y por otro el levantino de la Península ibérica, siendo posible, según H. Obermaier, su edad cuaternaria.

Según nuestros últimos estudios personales, cabe una explicación hipotética de estas coincidencias estilísticas. El profesor H. Breuil relaciona en varias ocasiones ciertas capas pictóricas con la *Middle stone age* avanzada; es decir, con culturas mixtas mustero-solutrenses y solutro capsienas. Como es probable que tales culturas no hayan nacido en el Sur de Africa, sino que procedan de otra parte, como nos lo hacen suponer la industria mustero-solutrense de la gruta de Diri-Daona (Abisinia) y otros hallazgos africanos que nos conducen a la cultura del Sáhara, donde el Sbaikiense y el Ateriense mezclados se han prolongado hasta el final del Paleolítico. Es, por lo tanto, probable que entonces haya existido una migración desde el Sáhara, cuyo arte rupestre se relaciona estrechamente con el bosquimán por una parte y por otra con el levantino de España hacia el Sur de Africa, pasando primero por la región de los lagos, Abisinia y Somalilandia, donde dejó huellas de su paso consistentes en las pinturas rupestres y en la industria mustero-solutrense, que pudiera tal vez estar relacionada con el ateri-sbaikiense, como pudiera suceder también con la cultura de Still-Bay. El que el llamado Solutrense en Africa no es otra cosa que un Sbaikiense tardío, no ofrece dudas para nosotros. De igual modo creemos que él está emparentado con el Solutrense levantino, como se deduce de la cueva del Parpalló (véase nuestra reseña de los trabajos de L. Pericot), no siendo disparatado el suponer que el arte rupestre del Oriente de España no esté relacionado con la cultura capsienas, sino con un Sbaikiense-Ateriense tardío, como en el Sáhara, o con unas derivaciones suyas. Entonces sería justificada la relación que ve Burkitt entre los niveles solutrenses del Parpalló y la cultura de Still-Bay, que, como dice Pericot, «a primera vista parece excesivamente remota».—*J. P. de B.*

Bulletin de la Société de Préhistoire du Maroc. VII^{me} année, 103 páginas, con numerosas ilustraciones. Casablanca, 1933.

En volúmenes anteriores hemos dado cuenta detallada de los trabajos publicados en este *Boletín*; hoy lo hacemos de todo el volumen, por tratarse de temas

estrechamente relacionados y de extraordinaria importancia para la prehistoria marroquí y para sus relaciones con Canarias y la Península ibérica.

El primer fascículo comienza con un trabajo de A. RUHLMANN sobre *Le Volubilis préhistorique*. En esta famosa ciudad romana se han encontrado restos de un poblado primitivo francamente Neolítico, que están constituidos por numerosas hachas pulimentadas, un pulidor (polissoir), un molino de mano con la piedra móvil, un pequeño raspador de sílex, dos guijarros percutores, un amuleto de cáscara de huevo de avestruz y un vaso de tierra cocida. Las hachas, de corte cilíndrico, están hechas de rocas, que no se encuentran en el país y proceden del Rif o de Prerif. El sílex es de trabajo decadente, como es la norma en Achakar y en las estaciones sincrónicas del Sureste de España. Estos paralelos pueden establecerse especialmente por el vaso, que es de forma ovoide alargada, idéntico por lo demás a otros con cuello cilíndrico de la cueva de Achakar (Cabo Espartel) y de El Garcel (Almería).

A. Ruhlmann cree, de conformidad con L. Siret, en un origen oriental de esta cultura, pero a nosotros nos parece indudable que se trata de una misma cultura camita norteafricana.

Sobre el arte rupestre marroquí versan las tres notas siguientes: En la de MM. HEBER Y DAVID, *A propos des dalles gravées au cap Cantin*, se describen dos rocas cubiertas de grabados halladas cerca del cabo citado, la *terra hieronyma* del periplo de Hannón, y donde se busca la huella del altar de Poseidón.

En una de las piedras, conocida con el nombre de *Outat Moulay'Ali*, hay unas 200 huellas de herraduras. La otra, anónima, además de huellas de esta clase, más pequeñas, y de cazoletas, ofrece una mano y tres pies humanos grabados. La primera es objeto de culto y se relaciona con un personaje folklórico marroquí. J. GARTEFOSE, en la nota *Graphismes en fer-à-cheval du Dadès* (Kelâa des M'Gouna, Drâa superior), nos señala cuatro rocas análogas con huellas de herraduras. Puede discutirse si efectivamente se trata de herraduras; pero, sin embargo, hay que anotar la presencia en la Península ibérica de grabados del mismo tipo, por ejemplo, en Linhares (Portugal) («Boletín de la Sociedad Portuguesa de Antropología, volumen VI, pág. 141). Huellas de pies hay también, según J. Zuazo, entre las cazoletas del Monte Arabí (Murcia).

El mismo autor en otra nota, *Les pieds humains gravées des Ait Dadès*, señala casos de ismaelización de huellas de pies cerca de mezquitas, y que se relacionan con leyendas del santón Sidi el Hadj Hamed.

Otras dos notas corresponden a la estación del Oued Mellah, que es de extraordinario interés, pues por la cerámica se relaciona con Canarias y por la industria lítica con las fases arcaicas de la cultura almeriense de la Península ibérica.

La primera cuestión es tratada por G. MARCY, *A propos du vase de l'Oued Mellah*, quien ha realizado estudios en las islas Canarias. Llama la atención de que la cerámica canaria no corresponde a nada de lo conocido en el continente vecino, pero que la lengua y toda la cultura revelan profundos contactos con el mundo berebere. Ve en el vaso de Oued Mellah una estrecha relación con la cerámica guanche de Lanzarote y Fuerteventura, tanto por la forma como por el decorado.

El problema planteado crece de interés con el trabajo de M. ANTOINE, *Notes de Préhistoire marocaine.—VI. La station de la Poterie à l'Oued Mellah*. Está situada cerca de Casablanca, en un valle arenoso. La industria lítica está formada por núcleos amorfos (uno solo de hojas), lascas, algunas con muescas, hojas muy abundantes, microlitos semicirculares, triangulares y trapezoidales, microburiles, etc. Completan el conjunto tres hachas pulimentadas y un pico de tipo «asturiense». El

autor atribuye el conjunto al Neolítico; mas por nuestra parte vemos estrechas relaciones con los yacimientos almerienses más antiguos, en los que El Garcel (Almería) es el representante más típico.

El hecho de que tanto los hallazgos de Volubilis como del Oued Mellah correspondan probablemente a la fase más antigua del Neolítico marroquí nos pone de manifiesto el que hay que admitir una cultura uniforme en este tiempo en el Norte de Africa, de donde se propagó hacia Almería en un sentido y hacia el Sáhara occidental y Canarias en otro.

El segundo fascículo contiene dos trabajos interesantes. El primero, de M. ANTOINE, *Notes de Préhistoire marocaine.—VII. Sur la présence d'un gisement paléolithique ancien dans les alluvions du Haut Draa*, trata de un yacimiento situado en la vertiente Sur del Gran Atlas y en una hammada desértica, que es una prolongación del Sáhara por el clima y por la biología. En las pudingas de la orilla izquierda del Oued Ouarzazat (Alto Dráa), entre la casbah del mismo nombre y el poblado europeo, se encuentran bifaces amigdaloides, talladas sobre grandes lascas acheulenses, hachas Levallois, núcleos discoidales y lascas musteroideas. Como el hacha sobre lasca Levallois, que falta al Norte del Atlas, es característica del Paleolítico inferior del Erg er Raoui, puede considerarse este yacimiento como una facies local (¿montañesa?) del Acheulense del Sáhara.

Las mismas relaciones paleoetnográficas se nos aparecen netas en el trabajo de L. CLARIOND, *Les gravures rupestres d'Aït Saadane (Maroc saharien)*. Los principales son un rinoceronte, un antilope atravesado con una jabalina y un avestruz del mismo estilo que los del Sáhara argelino. Es curioso el que estén asociados con un gran túmulo. Son, por tanto, la prolongación occidental del foco de arte rupestre del Sáhara, sobre el cual nos hemos ocupado en otra ocasión. (Véase la recensión de T. MONOD: *L'Adrar Ahnet. Contribution à l'étude archéologique d'un district saharien*. H. OBERMAIER: *La antigüedad del arte rupestre del Norte de Africa*, en este ANUARIO.)—J. P. de B.

- A. RUHLMANN.—*Le Paléolithique marocain. Esquisse d'une étude d'ensemble*. «Science au Maroc». Ouvrage publié à l'occasion de la LVIII^e Session de l'Association Française pour l'Avancement des Sciences. (Tirada aparte de 24 páginas y 14 figuras.) Casablanca, 1934.

Aunque sea prematuro el llevar a cabo una síntesis de la Prehistoria marroquí, dado que sólo se ha explorado suficientemente la costa desde Mazagán a Tánger en el espacio de tiempo en que el país está sometido al Protectorado francés (para la zona española véase H. OBERMAIER: *El Paleolítico del Marruecos español*, analizado en los vols. II-III, pág. 260 de este ANUARIO), es de celebrar esta *mise en point* del Paleolítico marroquí, puesto que los descubrimientos se suceden rápidamente.

Así es de sumo interés la noticia del hallazgo hecho en 1933 a las puertas de Rabat de un cráneo humano muy mutilado, que ha sido entregado para su estudio al profesor M. Boule. Apareció a unos diez metros de profundidad en una duna consolidada del Cuaternario medio.

Según A. Ruhlmann, el principal yacimiento chelense es el del promontorio de El Hank, al Sur de Casablanca. Cuarcitas de tipo chelense han aparecido en los alrededores de Safsafat, en la región de Guercif y en el valle del Muluya, por lo que se refiere al Marruecos oriental; en Quitzan (zona española), alrededores de Rabat,

diversos puntos de la Chaouïa y en las márgenes del Azemmour, en el litoral atlántico, y por último en la costa de Midelt.

El Acheulense es más abundante. Se señala una zona costera en que predomina la cuarcita, y en la que hay piezas que semejan picos asturienses, como ha hecho constar el profesor Koehler. Por el contrario, en el interior se han aprovechado las rocas locales: basalto (Oujda), rocas eruptivas (Bab Merzouka, Asni, región de Marrakech), arenisca (Muluya), caliza (Azrou) y rocas silíceas (regiones de Khouribga y Guercif y valle del Muluya). El área de dispersión es muy extensa para yacimientos superficiales. Con estratigrafía hay solo dos: Beaulieu, al Este de Casablanca, sin fósiles, y Aïn Sabaâ, en la misma región, con restos de *Elephas* y *Rhinoceros*.

Los hallazgos del Levalloisiense son muy reducidos: Safsafat, Midelit, valle del Muluya y vertiente atlántica, entre Rabat y Mogador (Diabet).

En cambio, el Musteriense parece ocupar una vasta región, pero Ruhlmann no hace distinción entre el Musteriense clásico y el Ateriense, el cual considera como una facies particularmente africana. Ambas industrias abundan en superficie en el Marruecos oriental, entre Oujda y Taza, y en el valle del Muluya, y en estratigrafía en la cueva Kifan bel Ghomari, cerca de Taza, donde faltan los elementos aterrienses. En la zona atlántica los yacimientos mustero-aterrienses se suceden desde Tánger, zona española (Arcila, Cuesta Colorada, Zeguelt y El Mogote), por Rabat, la Chaouïa, Doukkala, alrededores de Mogador (Diabet) y la Chichaona. Aquí los más célebres son los de El Hauk, Khouribga y Till-Mellit, parte de los cuales están inéditos, y de otros nos hemos ya ocupado en otra ocasión, así como del yacimiento del Aguelman de Sidi Alí en el Atlas.

Las referencias sobre el Paleolítico superior son poco claras si nos atenemos a la separación del Capsiense en sentido estricto y el Ibero-mauritaniense u Oraniense, del cual las estaciones más típicas son las de las cuevas de Kifan bel Ghomari (Taza) y la Aïn Rahmane.

A. Ruhlmann discute las teorías de Gobert y Vaufrey a base de los resultados de la cueva de Kifan bel Ghomari, en la cual hay utensilios ibero-mauritanienses con restos de *Rhinoceros Merckii*, camello, gnou y *Oryx algazelle*, es decir, los elementos característicos de la fauna del Cuaternario final del Norte de Africa.

En las conclusiones de este trabajo se hace resaltar el que el Paleolítico marroquí no se diferencia por ningún carácter esencial del de Argelia y Túnez, sin que por esto haya una identidad absoluta. Lo que parece comprobarse, a nuestro modo de ver, es que en contra de lo que pudiera deducirse a primera vista, Marruecos no ha sido en tiempos prehistóricos camino de paso entre la Península ibérica y Africa, sino al contrario, un rincón donde las culturas han quedado estacionarias y al margen del desarrollo general. Un punto interesante a resolver es el relativo al Musteriense, puesto que conviene distinguir el verdadero Musteriense de las otras industrias musteroideas: Tayaciense, Levalloisiense y Ateriense.

El hecho de no haberse encontrado apenas piezas sbaikienses en Marruecos, cuando abundan en España (Madrid), justifica nuestra creencia en que corresponde a una zona al margen de los grandes movimientos étnicos y culturales de la lejana Edad de la Piedra tallada.—*J. P. de B.*

HUGO OBERMAIER. — *La antigüedad del arte rupestre del Norte de Africa*. «Boletín de la Academia de la Historia». Tomo C, págs. 243 y sigs. y dos láminas, una de ellas en color. Madrid, 1932.

IDEM. — *L'âge de l'art rupestre nord-africain*. «L'Anthropologie». Tomo XLI, págs. 65-74. París, 1931.

El autor reanuda con estas publicaciones tema tan brillantemente tratado en la magnífica obra publicada en colaboración de LEO FROBENIUS, *Hadschara Maktuba. Urzeitliche Felsbilder Kleinafrikas*. München, 1925.

El arte rupestre, según H. Obermaier, G. B. M. Flamand, Russo, T. Monod y otros, es susceptible de ser dividido en varios períodos estilísticos. Al más antiguo, o libio-bereber, pertenecen los grabados sumamente esquemáticos con camellos, que deben tener su fecha inicial en la época romana. El resto del conjunto netamente prehistórico se puede dividir en dos etapas: una, en la que se inicia la esquematización, y otra, más antigua, francamente naturalista, que ha sido considerada como cuaternaria y comparada con otras similares del arte rupestre franco-cantábrico.

El profesor Obermaier hace notar que entre los animales representados en el arte naturalista nord-africano no hay representaciones de especies claramente cuaternarias, puesto que si bien hay animales que hoy no viven en la región, son netamente africanos. El búfalo antiguo, según se ha comprobado modernamente, no se extinguió en el Cuaternario, y aparece como objeto de veneración religiosa.

Por otro lado, junto con la fauna salvaje aparecen animales domésticos, especialmente carneros, con un halo alrededor de la cabeza, que recuerda el carnero sagrado egipcio. Los animales de esta clase, según M. Hilzheimer y L. Adametz, son, por sus caracteres, de origen oriental.

El conjunto de la fauna es de carácter africano y viviría en la región del Atlas sahariano o en el Hoggart antes de su desecación, como otros testigos, entre los que hay que mencionar los cocodrilos del lago de Mihero y de los pantanos del Ennedi.

Los modernos estudios llevan a la conclusión de que la desecación del Sáhara ha tenido lugar con oscilaciones, pero de una manera paulatina a partir del Cuaternario, puesto que las estaciones neolíticas son muy abundantes, no sólo en la zona desértica de Mauritania (Maktef, Adafer), sino en los «territoires du Sud», como, por ejemplo, en la parte Sureste de Aïn Sefra (alrededores del Bordj Violette, Chenachan), en el gran Erg occidental (alrededores de Timimoun) y hacia el Sur, por Tademaït y Tidikelt hasta Ahenen, Monydir y el macizo desértico del Hoggart. Otros documentos de la ocupación del Neolítico suministran en los «territoires des oasis» las regiones del Oued Miga (entre Ouargla y Hasi Inifel), el gran Erg oriental, la región de Djona (Fort Flatters-Temassinin) y de Tassili-n-Ajjer (Fort Polignac-Tarat), así como la zona desértica meridional de Tanezrouft-Ténéré. En los *oueds*, hoy desecados, vivieron los neolíticos hasta la Edad del Hierro (1000 años antes de J. C.), ya que en estas regiones no existe la Edad del Bronce. Hay que hacer resaltar lo que señala el profesor H. Obermaier de que la mayoría de las rocas con grabados no están situadas en pleno desierto, «sino a lo largo de las rutas de caravanas aún hoy día utilizadas».

El profesor Obermaier rechaza la suposición varias veces expresada de que los grabados naturalistas que nos ocupan corresponden a un Neolítico que ha comenzado antes que en Europa, puesto que la fauna doméstica importada del Asia señala una fase más reciente que el Neolítico puro de Egipto (Merinde y Benisalame), que comienza hacia el V milenario.

Sin embargo, H. Obermaier entrevé la posibilidad de que exista en el suelo africano arte rupestre de edad cuaternaria equivalente al arte levantino de España, como se deduce del fragmento de cáscara de huevo de avestruz pintado con la pintura en rojo con el contorno grabado que representa un animal echado, encontrado en el yacimiento capsense de Oued Mengoub (Biskra), del que nos ocupamos en otro lugar de este ANUARIO, y que relaciona con las pinturas de los abrigos del Sureste de España.

Este hallazgo le sirve de base para considerar como cuaternarias varias localidades del Sáhara, con pinturas o grabados estudiados especialmente por el profesor H. Breuil, de los cuales nos hemos ocupado con motivo de una publicación de este autor. Este arte naturalista se propaga hacia el Sur en la región del lago de Tanganika (Kisana e Illonger) y por Abisinia (Diri-Daona), y establece un puente de unión entre el arte levantino español y el bosquimán del Sur de Africa. El profesor Obermaier no cree «que los autores de las pinturas del desierto hayan sido bosquimanos», ni que se deba «atribuir al Cuaternario las fases más antiguas del arte surafricano, ya que tales pinturas, en que los bosquimanos han tenido seguramente gran parte, son el final de una larga y lenta emigración a través del continente Negro, y, por tanto, más modernas que las del Norte».

Con estas importantes publicaciones queda definitivamente fijada la edad del arte rupestre del Norte de Africa, que aunque por su recio naturalismo y vigorosa ejecución no está lejos en estilo y concepción estética del arte rupestre franco-cantábrico, está separado de él en el tiempo y sin relación cultural alguna. Le somos deudores al profesor Obermaier de haber expresado la última palabra sobre esta cuestión prehistórica. —*J. P. de B.*

HENRI BREUIL et DOCTEUR CLERGEAU — *Œuf d'autruche gravé et peint et autres trouvailles paléolithiques du territoire des Ouled Djellal (Sáhara septentrional)*. «L'Anthropologie». Tomo XLI, págs. 53-64 y una lámina en color. París, 1931.

En su larga estancia en el territorio militar del puesto de los Ouled Djellal, a unos 150 kilómetros al Sureste de Biskra, el doctor Clergeau ha recogido importantes materiales que han sido estudiados por el doctor Capitán y por el abate Breuil. El texto del trabajo que comentamos se debe a este último y las ilustraciones al abate J. Bouyssonie.

Las localidades estudiadas son seis. Comienzan por la descripción de la *grotte* de Chaba Naïma, situada a corta distancia de la desembocadura de los *oueds* Farchat y Naïma en el *oued* Itel. Hay dos grupos de figuras: uno, mal conservado, y otro en un abrigo y una gruta, muy decorados. Al exterior se ve una mujer agachada de frente, que tiene un bastón fálico y una especie de sol. En la misma gruta se ven Venus análogas, figuras humanas, una con un escudo en ocho y antílopes, cérvidos, cánidos y avestruces. Hay signos alfabéticos más recientes, que Breuil compara a los grupos de flechas de los animales de las cuevas paleolíticas europeas.

En la meseta situada por encima de Naïma el doctor Clergeau halló restos de un taller. Las piezas más interesantes para H. Breuil son tres pequeñas hojas de laurel, una hoja de dorso rebajado y otra con un buril de ángulo y discos.

Los materiales del Paleolítico antiguo y medio recogidos por el doctor Clergeau en el *oued* Difel son hachas de mano y puntas de talla clactoniense. Interesantes

son también los hallazgos de puntas pedunculadas aterienses en el *oued* Djeddi y de hogares capsioses en el *oued* Diffel, análogos a los del *oued* Mengoud.

Aquí los objetos estaban *in situ* en una toba de arena aglomerada. La industria de sílex estudiada por Breuil muestra objetos más antiguos, como puntas sbaikienses reutilizadas y un conjunto netamente capsioso, que comprende raspadores, hojas retocadas del tipo de Chatelperon, buriles, hojas denticuladas, pequeñas puntas de La Gravette y microlitos.

La pieza capital de este yacimiento son unos fragmentos de un huevo de avestruz con la figura de un bóvido grabada y pintada. El artista dió a la cáscara del huevo, preparada verosímelmente como una copa, una capa de ocre en su parte interna, y trazó con un buril la figura e hizo desaparecer el color que había fuera de la silueta. Sólo se conserva parte del dorso y las patas traseras.

El hallazgo es de gran importancia a pesar de lo fragmentado, pues contribuye a plantear, más que a resolver, según nuestra opinión, nuevos problemas.

Su estilo naturalista hace que esta pieza no desmerezca al lado de las de los artistas paleolíticos europeos, y contrasta con los grabados geométricos de las cáscaras de huevos de avestruz del Neolítico antiguo, de tradición capsiosa, de El Redeyef.

¿Se puede relacionar esta pieza con los grabados naturalistas más antiguos del Sáhara occidental? Creemos que no, puesto que la edad postcuaternaria de éstos es indudable. La hipótesis de H. Breuil sostenida en este trabajo es verosímil. Supone que entre la zona ocupada por la cultura ibero-mauritánica (getuliense u oraniense) y la de la cultura del Sáhara, sólo con grabados de las últimas fases, ha podido existir otra capsiosa en un principio de edad paleolítica y que ha podido perdurar más o menos en el Neolítico. Se justifica esta sospecha por el hecho verdaderamente notable de que el doctor Clergeau, que ha recorrido toda la región entre los *oueds* Djeddi, Itef y R'ten, no haya encontrado en dos años de exploraciones puntas de flecha saharianas, ni hachas, ni ningún objeto neolítico, sino sólo industrias paleolíticas o de estilo paleolítico. Esta cultura capsiosa es la que pudiera haber producido las obras artísticas tan notables que han descrito Flamand, Kühn, Obermaier-Frobenius y otros investigadores, los cuales, según dice H. Breuil, son neolíticas, «mais la tradition qui se poursuit à travers à ces figures a sa racine incontestable dans le Capsien supérieur, et la découverte si importante du docteur Clergeau ne permet plus d'en douter».

Nuestro punto de vista sobre las relaciones de esta pieza del *oued* Mengoub con el arte rupestre norteafricano y levantino y con las plaquitas de piedra de la cueva del Parpalló se exponen al tratar de las últimas publicaciones que a ellas se refieren. *J. P. de B.*

THÉODORE MONED. — *L'Adrar Ahmet. Contribution à l'étude archéologique d'un district saharien*. Université de París. «Travaux et Mémoires de l'Institut d'Ethnologie». XIX, 200 páginas, 103 figuras, tres láminas y tres mapas. París, 1932.

En la actualidad el conocimiento del Sáhara ya no se hace por misiones rápidas y lineales, sino mediante estudios regionales como el presente, dedicado a una zona natural del centro del gran desierto. Es digno de mención que este trabajo ha sido hecho por el autor en su servicio militar como meharista en condiciones materiales primitivas y sin otro material científico que una brújula y un termómetro.

El Ahnet fué atravesado por primera vez por Laing en 1826; pero tuvo después la ocasión de ser descrito por Bissuel en 1888 solamente con las referencias verbales de seis tuaregs cautivos quince años antes de los primeros reconocimientos militares mandados por el entonces comandante Laperrine. En ellos colaboraron sucesivamente hombres de ciencia, aunque es justo anotar el que los oficiales franceses han contribuido de una manera enorme al conocimiento del Sáhara. Después han tenido lugar misiones meramente científicas, como la dirigida por el doctor danés Olufsen.

El Adrar-n-Ahnet, en sentido estricto, es un relieve anticlinal bien definido, y en general puede considerarse como borde tassaliano del escudo sahariano central del Ahaggar. Está constituido por terrenos devónicos y silúricos.

El conjunto está plegado, pero la altitud del macizo es pequeña (300 metros sobre la llanura y no llega a los 1.000 metros sobre el nivel del mar). El Ahnet es menos seco que el *reg* que le rodea; pero, no obstante, es bastante seco (un centenar de puntos de agua en 30.000 kilómetros cuadrados). Su clima es del tipo nortesaхарiano, y la flora, localizada a los *oueds*, es de carácter sáharo-sudanesa.

T. Moned ofrece un detenido estudio de las sepulturas del Ahnet. Excavó cuarenta y tres túmulos, veintiséis de ellos con resultado positivo. Corresponden veintitrés al tipo *bassina* (túmulo circular), dos al *chouchet* (en forma de torre, más largo que alto) y una tumba targui. En los veinte casos en que se pudo apreciar la posición del esqueleto éste estaba en diez y nueve casos en posición fetal y uno alargado (el más reciente). Sólo diez tumbas tenían mobiliario, que consistió en cuero, tres veces; en tejido, dos veces; en restos de cerámica, dos veces; en perlas de cáscara de huevo de avestruz, dos veces; en perlas de vidrio azul, una vez, y en una *bille* de cuarzo, una vez. Moned afirma que estos montones de guijarros funerarios del Sáhara central no son prehistóricos, y que se puede suponer que pertenezcan a los antepasados de la población blanca bereber actual, así como que sean contemporáneos de los graffiti-libio-bereberes.

Moned se ocupa además de otros tipos de monumentos funerarios, restos de defensas y muros, e indica que desconoce megalitos en el Ahnet. Los dólmenes citados por Olufsen son ilusorios.

La parte dedicada al estudio de los grabados, pinturas e inscripciones rupestres es interesantísima. Primero da listas de estaciones de composición petrográfica de las rocas de emplazamiento y de dimensiones. Es lástima que presente las figuras agrupadas según lo que representen y no según localidades.

La presencia de grabados rupestres en el Ahnet es conocida desde 1864, pero no fueron reconocidos *in situ* hasta 1903 por Gautier. Flamand menciona una pintura, lo cual ha sido repetido por Gautier y Obermaier; según Moned, se trata de una simple inscripción moderna. Los grabados del Sáhara, como los del Sur de Orán y de Africa Menor, son difíciles de ordenar cronológicamente, puesto que ni la pátina ni el estilo dan base suficiente para ello. Moned insiste en que en el Ahnet faltan los grabados de estilo realista que en el Atlas argelino son los más antiguos; es decir, del grupo naturalista, que antes se consideró como Cuaternario y que ahora se atribuye al Neolítico. Moned distingue en el Ahnet dos capas de grabados: los anteriores o prehistóricos, con bóvidos abundantes, fauna etiópica y hombres con arco, quizá negroides, y los posteriores, con camellos, caballos y hombres con jabalinas y escudos redondos, que serían ya libio-bereberes.

Las figuras humanas del primer grupo llevan arco y carecen de escudo; aquél no fué usado por las poblaciones históricas, ni lo tienen los tuaregs actuales. Las del

segundo grupo tienen un escudo redondo, dos o tres jabalinas, provistas al parecer de punta metálica, y un arma, que pudiera ser un puñal de brazo como los usados por los tuaregs y en el Sudán. En la cabeza suelen llevar una pluma. Las figuras del Ahnet no parecen llevar estuche fálico como algunas del Sur de Argelia. Es curiosa la presencia de dos escenas de coito, que se relacionan con obras del Sur de Argelia dadas a conocer por Frobenius-Obermaier, y que carecen de carácter obsceno. Son, según una inscripción vecina tinifar descifrada por A. Basset, imágenes rituales votivas solicitando el nacimiento de un hijo. La esteatopigia era frecuente, mas, según Zeltner, no es rara hoy día en el Sáhara.

De animales hay representaciones de elefantes, rinocerontes (?), jirafas, caballos, gacelas, toros, carnívoros, avestruces y camellos. Faltan de hipopótamo y de *Bubalus antiquus*.

El estudio de las industrias líticas y de las cerámicas es muy ligero. Hachas de mano más o menos acheulenses han sido encontradas en muchas localidades del Ahnet, *oued Ag'am*, cerca de Hassi el Melha, Taraït, *reg Edikel-Tin-Dabra*, etc. También es muy abundante el Paleolítico medio, caracterizado por «l'abondance des lames et des pointes triangulaires, la présence de feuilles de laurier et celle de pointes pédonculées comparables aux pointes ateriennes», que él llama impropriamente Mustero-solutrense, siendo probablemente un Sbaiko-ateriense tardío.

Moned, por lo que se refiere al Neolítico, nos dice que el Ahnet está en el límite entre una cultura meridional negrítica, agricultora, con hachas pulimentadas, pilones, molinos, etc., que llegó siguiendo el Tanezrouft, y la cultura del Sáhara, con puntas de flecha típicas, las cuales son abundantes en el Tonat y en el Tidikel y contornean el macizo central por el Oeste, por Iguidi, Mauritania y el Sahel sudanés. Notable es la ausencia de Tardenoiense. El estudio de la cerámica no es interesante desde el punto de vista prehistórico.

El trabajo meritísimo de Moned se cierra con una bibliografía completa sobre la región del Sáhara que ha sido objeto de su estudio, de un apéndice de medidas de algunos cráneos del Sáhara y del Sudán procedentes de sepulturas recientes y preislámicas hechas por el doctor P. Rivet, de tres láminas y de tres mapas en los que ha aprovechado materiales inéditos.

Al cerrar el libro no podemos menos de pensar si nos será dado algún día el ver una obra semejante sobre Río de Oro, editada por el Instituto Etnológico de la Universidad de Madrid.—*J. P. de B.*

MAURICE REYGASSE.—*Contribution à l'étude des gravures rupestres et inscriptions tinifar du Sáhara central*. Cinquantenaire de la Faculté des Lettres d'Alger. Alger, 1932.

Para el problema apasionante de la cronología del arte rupestre es del mayor interés esta publicación de nuestro buen amigo Maurice Reygasse, puesto que trata con gran detenimiento de su fase final, en que las figuras esquemáticas se mezclan con las inscripciones, y en especial manera de la descripción del foco rupestre del Sáhara central, y en particular del Hoggart.

Comienza por analizar los trabajos de los autores que, a partir de las exploraciones de Barth en 1849-55 y de Nachtigal, se han ocupado del estudio de las inscripciones tinifar que hasta la fecha, si bien es posible dar un valor fonético a cada carácter y se pueden leer, no se ha llegado a penetrar el sentido del texto escrito. Los

actuales tuaregs son en el presente los únicos bereberes que escriben todavía los viejos caracteres libios, pero si bien leen inscripciones recientes, no llegan a traducir las antiguas.

Para este problema lo primero que se impone es la formación de un *corpus* de inscripciones, y a este fin responde este trabajo de M. Reygasse y el emprendido por el abate Chabot, de la Academia de Inscripciones et Belles-lettres de París, para la región del Norte de Africa. Las inscripciones bilingües libio-púnicas y libio-latinas de esta región no han arrojado hasta el presente ninguna luz.

Por lo que se refiere al arte rupestre, hay un hecho interesante. Están acompañadas las más viejas de las primeras figuras de camellos. El libio parece empezar a escribirse cuando se inicia el uso de este animal, y esto tuvo lugar primero en el Norte que en el Hoggart, pudiéndose dar como fechas el siglo II antes de J. C. para el primero y el siglo IV-V de J. C. para el segundo. Se sabe que la estela libio-púnica de Dougga ha sido escrita en 139 antes de J. C.

La identificación de los alfabetos libio y tinifar facilitan la lectura y dan un primer paso para la ulterior.

Los grabados e inscripciones estudiados ahora por M. Reygasse son los de las estaciones siguientes, descubiertas en el curso de una misión científica al Hoggart en 1928: Inamari, Ibergha, Tiltékine, Aouhogga, Tihin-Tagatimt, Aoudjerkil, Ifrazi, Touoggin y Tazerouk. Además añade otras nuevas, Tazzeit y Ti-n-Esselmaken, situadas fuera del Kudiát del Hoggart, y dos ya conocidas, Aoulef Chorfa (Tidikelt) y Taratimine (Monydir).

La última es interesante por la asociación de las inscripciones tinifar con grabados de huellas de sandalias tuaregs y de camellos. Importante es la localidad de Aoudjerkil con huellas de pasos y grabados de animales de pequeña talla, notables por la armonía de sus formas, por las proporciones observadas con exactitud y por las actitudes. Son grabados muy antiguos, que corresponden a un arte realista de pueblos cazadores. Esta localidad es merecedora, según Reygasse, de un estudio detenido.

Muy notable es la estación de Ifrazi, con numerosos grabados e inscripciones. Aquéllos son los más artísticos del arte rupestre del Sáhara central. Lo mismo sucede en Tonoquin, donde las figuras más interesantes son un felino idéntico al de Er Richa (Sur de Orán), obra que reproduce un ídolo del tipo de los de Tabelbalet (Ajers); dos individuos desnudos muy esquemáticos, con un falo muy desarrollado y que se relaciona con tipos españoles, y tres girafas, que pueden compararse con otras similares del Sur de Africa. Aparecen también camellos y avestruces que marcan la transición estilística entre los grabados realistas y los esquemáticos, transición que, según Reygasse, falta en los grabados del Norte y que ha sido por primera vez señalada en el Sáhara central por E. F. Gautier.

La tercera parte de la publicación de M. Reygasse es una ojeada general sobre el arte rupestre africano, y en ella hace su autor observaciones precisas que le llevan a conclusiones positivas en lo que respecta a la fase naturalista. El camello y el hipopótamo, que son fósiles característicos del Paleolítico argelino, no están representados. Otro detalle curioso es el hallazgo de un grabado de *bubalus antiquus* de Géryville, coronado por un esferoide como los carneros, por lo que no cabe duda su edad neolítica.

El arte rupestre que acompañan las inscripciones tinifar es muy esquemático. El hombre lleva armamento berebere (escudo redondo y jabalinas) y va montado a caballo y después en camello. La fauna es en absoluto la actual. La decadencia ar-

tística total corresponde hacia el siglo IV de nuestra era con la llegada de los pueblos camelleros en masa.

Se ha discutido si los grabados anteriores eran debidos a pueblos negros. Reygasse cree que corresponden a pueblos bereberes, pues su repartición en el Sáhara coincide, como ha hecho notar TH. MONOD (*L'Adrar Ahnet. Contribution à l'étude archéologique d'un district saharien*. «Travaux et Mémoires de l'Institut d'Ethnologie», tomo XIX. París, 1832), con la distribución de dos monumentos funerarios típicamente bereberes, las bazinas y los chouchets. En cambio en el país habitado por negros faltan todos estos elementos culturales.

En cambio el grupo más antiguo y patinado de Aoudjerkil y Tonoquin pudiera ser paleolítico, como las pinturas de In Ezzan y Djebel Ouenat, que se relacionan con el arte levantino español y con el de Africa del Sur.

Se trata de problemas interesantísimos, pero no hay que olvidar que hasta el presente no se ha encontrado ningún grabado en Africa del Norte en relación con niveles arqueológicos y que todas las deducciones cronológicas que se hacen son sobre bases estilísticas.—*J. P. de B.*

M. ANTOINE.—*Notes de Préhistoire marocaine.—IV. Sur deux stations à outils pédonculés des environs de Casablanca*. «Bulletin de la Société de Préhistoire du Maroc». V^e année, págs. 3-19. Casablanca, 1931.

Si para nosotros tienen siempre interés las publicaciones que versan sobre prehistoria del Norte de Africa, la que nos ocupa lo ofrece de una manera especial por tratarse de cuestiones muy discutidas del Paleolítico y sobre las cuales es muy probable que se llegue a resultados armónicos por los distintos investigadores que de ellas se ocupan.

El trabajo de M. Antoine comienza por estudiar la estación superficial de Aïn Takielt, que está situada cerca del kilómetro 34,5 de la carretera de Casablanca a Mazagán. La industria es de sílex muy patinado. Aparecen núcleos y discos que «ne sont pas de véritables disques moustériens, mais ils en sont cependant assez voisins», y que se relacionan con el núcleo discoidal del *oued* Djebbana publicado por H. OBERMAIER y J. PÉREZ DE BARRADAS (*Las diferentes facies del Musteriense español y especialmente del de los yacimientos madrileños*. «Revista de la Biblioteca, Archivo y Museo» del Ayuntamiento de Madrid, tomo I, págs. 143-177, figura 35. Madrid, 1924). Las puntas y las raederas son muy abundantes y los raspadores raros. Antoine ha recogido dos utensilios pedunculados, una punta y un raspador, de un tipo muy vecino a uno de la colección Bento.

De gran interés son las puntas de retoque bifacial, que, como dice el autor, son de trabajo más cuidado que las puntas sbaikienses de M. Reygasse y de un aspecto (no técnico) parecido a las puntas neolíticas. En Aïn Takielt se han recogido sólo tres ejemplares, de los cuales uno es un fragmento y otro es un instrumento tosco. En cambio el tercero, evidentemente sincrónico con el conjunto, según Antoine, por su fuerte pátina, es una punta de flecha pedunculada, con retoques bifaciales en toda su extensión, y que se relaciona por su forma, aunque no por la técnica de talla, con ciertas piezas del Neolítico del Sáhara. Se trata, por tanto, de una punta de igual forma que las solutrenses de tipo levantino de la cueva del Parpalló. (Véase nuestra recensión sobre los trabajos referentes a la misma en este volumen.) Las hojas son muy raras en este yacimiento.

La estación de la Ferme Boucherie, situada en el borde del pequeño *oued* Gorea, en los alrededores de Casablanca, muestra, además de sílex neolíticos (o mejor eneolíticos, según nuestra opinión), otros patinados, cuyos tipos son fragmentos de puntas musterienses, raederas, algún raspador, tres utensilios pedunculados y una punta sbaikiense.

M. Antoine clasifica ambos yacimientos como aterienses, pero establece las siguientes diferencias del Ateriense argelino de M. Reygasse y el de Marruecos:

1.º Todas las piezas argelinas tienen, según M. Reygasse, plano de percusión facetado. En Aïn Takielt son más numerosas las piezas que lo tienen liso.

2.º El buril de ángulo falta en Marruecos, pero aparece, aunque raro, en Argelia.

3.º Las puntas con retoque bifacial faltan en el Ateriense argelino, pero se encuentran en el marroquí, y también éstas son de talla más perfecta que las sbaikienses.

También hace comparaciones con la industria de los yacimientos del Manzanares, que ha llamado Musteriense ibero-mauritánico, pareciéndole que las puntas sbaikienses son de técnica menos esmerada que las de Marruecos, lo cual no puede sostenerse ante la aparición de nuevos materiales inéditos. Estamos también conformes en que el término de Musteriense ibero-mauritánico es inadecuado. Nuestro punto de vista actual sobre el problema puede verse en otro lugar de este ANUARIO (PÉREZ DE BARRADAS (J.): *La colección prehistórica Berto*. ANUARIO DE PREHISTORIA MADRILEÑA, vol. IV-VI, págs. 1-90. Madrid, 1936). Para terminar, indicaremos que es muy interesante la probabilidad que señala de que la punta ateriense tenga unas raíces muy antiguas, basándose en el hallazgo del teniente CLÉMENT (*La station paléolithique de Si-Saïd-Machou*. «Bull. Soc. de Prehistoire du Maroc». IV^e année, págs. 19-28. Casablanca, 1930), donde han aparecido puntas pedunculadas arcaicas, mientras que faltan las puntas tenuifoliadas.—*J. P. de B.*

ARMAND RUHLMANN.—*Note archéologique sur l'Aguelman de Sidi-Allí. Moyen-Atlas, Maroc*. «Extrait du Bulletin de la Société Préhistorique Française», núm. 72, 1932. Le Mans, 1932.

El inspecteur des antiquités du Maroc, M. Armand Ruhlmann, estudia en esta nota interesantes estaciones paleolíticas situadas en el Atlas medio, a 2.000 metros de altura, en la vecindad del lago de Aguelman de Sidi-Allí. Son yacimientos superficiales muy abundantes, unos musterienses con puntas pedunculadas aterienses y otros microlíticos (ibero-mauritaniense-oraniense).—*J. P. de B.*

HENRY KOEHLER.—*Quarzites taillés de la région côtière de Rabat*. «Bulletin de la Société de Préhistoire du Maroc». VI^e année, págs. 3-13. Casablanca, 1932. También en los Comptes-rendus du XV^e Congrès International d'Anthropologie et d'Archéologie préhistorique (suite) et V^e Session de l'Institut International d'Anthropologie. París, 1933.

El colaborador del ANUARIO, H. Koehler, estudia en este trabajo varios yacimientos de superficie de los alrededores de Rabat, con industrias en cuarcita del Paleolítico antiguo. Aparte de hachas típicas del Chelense y Acheulense, la industria es, según nos declara el autor, muy poco evolucionada si se compara con las cuarcitas de la región occidental del África del Norte y del Sáhara.

En la zona de Tánger las cuarcitas talladas son muy raras, y las piezas recogidas por el autor en Cuesta Colorada difieren de las anteriores y se relacionan con las recogidas en Taivilla y Tapatanilla (Cádiz), recogidas por H. Breuil. Las de Rabat tienen, según Koehler, una cierta tendencia a alargarse en hocico como las del Acheulense evolucionado de Tachenghit, pero sin estar tan bien trabajadas. Las puntas musterienses se parecen a las de Garet Aulef Chorfa, en el Tidikelt, pero sin tener una técnica tan fina.

A la vista de estos hechos el autor insiste sobre la inferioridad de las industrias paleolíticas marroquíes, siendo probable que se trate no de tipos primitivos —no en el sentido de punto de partida—, sino de modelos mal imitados o de una cultura estancada o regresiva.—*J. P. de B.*

M. ANTOINE.—*Notes de Préhistoire marocaine.—V. Station moustérienne à quartzites du plateau de la carrière Martin à El Hawk.* «Bulletin de la Société de Préhistoire du Maroc». VI^e année, págs. 23-46. Casablanca, 1932.

Por encima y al Norte de la carrière Martín, al Norte de Casablanca, se encuentra una plataforma donde aparece un yacimiento paleolítico de superficie. Los objetos son casi todos de cuarcita, pero pertenecen a un conjunto homogéneo puro de mezcla. Está además superpuesto el yacimiento a la pudinga chelense y a formación posterior acheulense.

La industria procede del desbastamiento de núcleos discoidales, y está formada por puntas anchas, piezas denticuladas, raspadores, raederas, un solo utensilio pedunculado, hojas anchas muy abundantes, tipos mixtos, tres piezas con talla bifacial, una punta sbaikiense y cepillos (*rabots*). Hay que resaltar la ausencia de piezas acheulenses, y en cambio la talla y tipos que M. Antoine llama musteriense. El yacimiento, que se distingue bastante, según el mismo autor, del Musteriense típico de la Chaouia por la morfología indecisa de las piezas, los retoques raros y poco cuidadosos y el empleo exclusivo de la cuarcita, pudiera ser clasificado como Musteriense de tradición Acheulense, o mejor como Levalloisiense V de H. Breuil, en el que se inicia el segundo ciclo industrial y donde son netas las influencias acheulenses. Las piezas aisladas, pedunculada (ateriense) y sbaikiense, aparecen así justificadas por su rareza y talla rudimentaria.—*J. P. de B.*

CORNAND.—*Contribution à l'étude du Paléolithique marocain.* «Bulletin de la Société de Préhistoire du Maroc». V^e année, págs. 52-63. Casablanca, 1932.

En la región de Midelt, el discípulo y colaborador de L. Siret, ha recogido abundantes materiales paleolíticos, especialmente en superficie, en la llanura de Adeghonal y Mibladen (o Amibladen), así como *in situ* una pieza en la terraza cuaternaria del *oued* Amibladen y otra en la de un barranco cerca de Aribou.

Figura y describe «coups de poing» muy groseros, principalmente chelenses, e insiste sobre una particularidad de este grupo de objetos paleolíticos, la de presentar en el talón dos facetas, donde se apoya la mano en su manejo, que forman un ángulo, que el llama ángulo de aprehensión. Dichas facetas pueden estar formadas por el plano de percusión, por planos de talla o por la corteza natural del nódulo.

El resto de la nota, en que describe tres piezas pedunculadas aterienses y algunas hojas levalloisienses, carece de interés.—*J. P. de B.*

MAURICE REYGASSE.—*Les âges de la pierre dans l'Afrique du Nord (Algérie). Histoire et historiens de l'Algérie*. Ouvrage publié par les soins de la «Revue Historique». París, 1931.

En esta importante publicación, dedicada a conmemorar el cincuentenario de la conquista de Argelia, Maurice Reygasse, director del Musée d'Ethnographie de Argel, nos ofrece un resumen sumamente notable del estado actual de los estudios prehistóricos en Argelia y la zona del Sáhara, ligada a ella administrativamente. Aunque sobre este tema hayamos insistido en otras ocasiones, tiene un gran interés el que nos ocupa para nosotros por la persona de que se trata, ya que es uno de los principales investigadores africanos y a quien se debe una serie de descubrimientos capitales.

Reygasse comienza por hacer la historia de los trabajos de exploración, recolecciones sistemáticas y excavaciones en Argelia y en el Sáhara, que nos hacen pensar con pena en el abandono en que se encuentran estudios análogos en la zona sometida a nuestro protectorado en Marruecos.

Del Sur de Constantina se conocen yacimientos del Paleolítico antiguo con industrias análogas a los de Europa, es decir, con Chelense, Acheulense y Musteriense. Talleres puros de este tiempo, pero sin fauna fría, han sido descubiertos por Reygasse en Fedj-el-Botta y El Horchane, aparte de los otros ya conocidos por Debrugue de las cuevas de Constantina, cueva de Ali Bacha, Ali de la Mouillah, etc.

Paralelamente se desarrollan culturas particulares africanas. Una de ellas es el Sbaikiense, con sus puntas de laurel finamente talladas, que, según Reygasse, nace del Acheulense fino y es sincrónico con el Musteriense. Otra es el Ateriense, con puntas de flecha pedunculadas y hojas, raspadores y buriles, que tienden hacia formas del Paleolítico superior. Reygasse insiste sobre el carácter precapsiense, y entre las pruebas aduce los hallazgos de Rellini en Italia y los nuestros en los alrededores de Madrid.

De interés son las indicaciones que nos hace del yacimiento de Aïn-el-Oukscir, en la meseta de Tazbent (commune de Tébessa), donde ha aparecido *in situ* y en superficie una industria particular, gruesas hojas retocadas muy voluminosas, raros utensilios pedunculados, groseros tipos protosolutrenses y numerosos raspadores cóncavos parecidos a los tipos egipcios.

A continuación aparecen en el Sur de Túnez y en Constantina el Capsiense, de J. de Morgán, o Getuliense, de Pallary, que parece faltar en el litoral, y según dice Reygasse, en Orán y en el Sáhara. En Orán es sustituido por el Iberomauritaniense, sobre el cual trataremos con motivo de una publicación de Gobert y Vaufrey. Es de interés el que durante el Neolítico persistan en las mismas regiones los descendientes de ambas culturas, si bien modificadas con elementos nuevos, como animales domésticos, molinos, que señalan una vida agrícola, hachas pulimentadas y en pequeña cantidad puntas de flecha del Sáhara. También aparece cerámica con decoración incisa geométrica descendiente de la de los huevos de avestruz capsienses.

Los grabados rupestres, muy repartidos en el Sáhara y en las cadenas del Atlas del Sur de Orán, son poco numerosos en la región de Constantina, donde se distinguen dos grupos: los grabados rupestres, propiamente dichos, y los graffiti libioberberes. Sobre los primeros insiste en atribuirlos al Neolítico, aduciendo, entre otras pruebas, el que en un país muy poblado en el Paleolítico superior como el Sur de Tébessa no ha encontrado más que un grabado rupestre y dos pinturas. Tampoco

se ha encontrado ninguna escultura en un hogar paleolítico; las primeras son los ídolos, de forma de pilón de azúcar con caras esquemáticas, de Tabelbalet, en el Tassali de los Argeurs.

Después Reygasse se ocupa brevemente de las estaciones paleolíticas y neolíticas del Sáhara, siendo interesante lo que nos dice sobre la rareza en él de estaciones capsienes e iberomauritanienses, así como la posibilidad de que perdure allí el Ateriense. Hubiera sido interesante el insistir sobre la mezcla con un tardío Sbaikiense, como ocurre, según datos del profesor H. Breuil, en varios puntos del Gran Desierto. De esta industria nace el Neolítico del Sáhara con toda posibilidad, el cual es extremadamente pobre en el Hoggart.

El estudio de los restos humanos capsienes nos ofrece con la misma nitidez el mismo problema que las culturas: un tipo más o menos vecino al de Cro-Magnon (esqueleto de la gruta de Alí Bacha) y otro negroide (Tébessa y Mouillah en el Paleolítico, grottes des Troglodytes y de Redeyef en el Neolítico, etc.).

Termina su trabajo Reygasse con una breve reseña de los Museos de Argel, Orán y Constantina, cuya visita es del mayor interés para todos los prehistoriadores del Mediterráneo.—*J. P. de B.*

E. G. GOBERT et R. VAUFREY.—*Deux gisements extrêmes et l'Iberomaurusien*. «L'Anthropologie». Tomo XLII, págs. 449-490. París, 1932.

En el pasado ANUARIO (vol. II-III, pág. 213) indicábamos, al tratar del estudio de ALDOBRANDINO MOCHI, titulado *Una pagina di Preistoria dell'Africa settentrionale (Appunti sul Capsiano)*, que el Iberomauritaniense no ha sido objeto de un estudio minucioso a pesar de encontrarse en Argelia occidental, Marruecos y España.

Tal falta se ve reparada con el trabajo que comentamos ahora, pues a pesar de lo que indica el título se ocupan del *Iberomaurusien* en toda su extensión, aportándose sobre el problema orientaciones nuevas y originales.

El Iberomauritaniense fué creado por P. Pallary, si bien la estación tipo de esta industria, las grutas de la Mouillah, fueron estudiadas por A. Barbin. P. Pallary la caracteriza de la siguiente manera: percutores, núcleos, hojas simples y con bordes retocados, hojas con muescas, profusión excesiva de pequeñísimas hojas con dorso retocado (o rebajado) y punta muy aguda, raspadores circulares, discos, guijarros de lascas alternas, material para moler colorantes (hematites, ocre, oligisto), punzones de hueso, objetos de adorno y falta absoluta de piedra pulimentada y cerámica.

La repartición geográfica de esta industria, cuyo nombre indica una relación industrial o cultural de Mauritania y la Península ibérica, nos indica el hecho curioso de que mientras el verdadero Capsiense está limitado a la región de los *schott* del Sur de Túnez y a la región vecina del departamento de Constantina, el Iberomauritaniense se extiende en la región costera de Argelia, Orán y Marruecos. E. G. Gobert y R. Vaufrey estudian ahora dos yacimientos extremos: uno el de Ouchtata, en el Norte de Túnez, y otro el de El Hank, en los alrededores de Casablanca.

El primero corresponde a un antiguo suelo cubierto por dunas, en el que aparecen antiguos hogares y en ellos una abundante industria microlítica, formada especialmente por hojitas de dorso rebajado. Hay también abundantes hojas, y en pequeña proporción hojas con muescas, raspadores y trapecios.

Los yacimientos de Casablanca son dos: El Hank y Aïr Rahmane. El primero

consiste en una duna antigua, que en las excavaciones del lieutenant Brouaux ha dado la siguiente estratigrafía:

- a) Tierra roja sin huellas de sílex.
- b) Arena gris con huellas de ceniza y de sílex. Nivel arqueológico superior.
- c) Arena gris con huellas de cenizas y escasas de sílex. Nivel arqueológico inferior.

d) Duna consolidada.

Aïr Rahmane (Aïr Roumane) era una especie de *escargotièrre* en una cueva excavada en esta duna consolidada de edad cuaternaria. Tanto su industria como la del nivel superior de El Hank corresponden al Iberomauritaniense, que presenta algunas particularidades interesantes, como, por ejemplo, una lasca pedunculada.

El nivel inferior de El Hank es aún más interesante, puesto que los núcleos son de tipo musteriense; hay sesenta lascas u hojas con plano de percusión facetado, una raedera, dos raspadores, dos lascas pedunculadas aterienses y cinco hojitas con dorso rebajado. Gobert y Vaufrey piensan que ambos estratos deben corresponder a tiempos muy próximos.

Es de interés la observación, muy justa por cierto, de que la situación del Ateriense está mal definida. Tipológicamente es verdad que corresponde a un Musteriense de puntas pedunculadas; pero no hay que olvidar que en Africa del Norte hay yacimientos del Musteriense típico, que probablemente son anteriores a los aterienses. En Casablanca, según Antoine, existen, en la duna consolidada de la base de El Hank, cuarcitas musterienses, lo que hace suponer un espacio de tiempo considerable entre esta ocupación humana de la costa y la posterior de tiempos iberomauritanienses, pero con fuertes tradiciones aterienses.

Gobert y Vaufrey consideran que es posible que el Iberomauritaniense corresponda a toda la duración del Capsiense y que sea la facies litoral y telliense de esta industria continental. Es posible también que la industria de tradición musteriense, aunque emparentada con el Iberomauritaniense por los detalles de su técnica, que se encuentra algunas veces en la base de depósitos de este tipo, ocupe en la zona litoral el lugar que más al Sur corresponde al Capsiense típico y represente una persistencia ateriense, que ha sido suprimida en la zona esteparia por el brillante desarrollo del Capsiense. En este caso el Iberomauritaniense pudiera ser el equivalente de lo que uno de nosotros (E. Gobert) llamamos Intergetuloneolítico —se diría hoy Intercapsoneolítico— y del Capsiense superior; es decir, industrias que parecen ser más mesolíticas que paleolíticas.

Sea lo que sea, conviene llamar la atención de que si capsienes e iberomauritanienses tuvieron industrias de facies profundamente divergentes, pertenecieron a una y sola raza: la de Mechta-el-Arbi.

Muy importantes son los puntos de vista de estos autores sobre el Iberomauritaniense de España, especialmente de las estaciones descubiertas por Siret. En ellas se presentan tipos que faltan en Africa, como buriles de ángulo, raspadores abundantes sobre extremo de hoja, puntas de muesca, puntas foliáceas sbaikienses y otras de pedúnculo y aletas (Parpalló). Se relaciona más con el Capsiense, pero esto es poco posible. Gobert y Vaufrey creen que el Paleolítico superior levantino es un equivalente, con algunas particularidades locales, del Paleolítico superior franco-cantábrico, por lo cual proponen, justificadamente a nuestro juicio, la sustitución del nombre de Iberomauritaniense por el de Oraniense. La discusión de esta cuestión la hacemos con motivo del trabajo de L. SIRET, *Classification du Paléolithique dans le Sud-Est de Espagne*.—J. P. de B.

ARMAND RUHLMANN.— *Le bracelet-bourse romain de Volubilis (Maroc)*. «Revue Numismatique». Pág. 51 y sigs. París, 1933.

En las excavaciones de la ciudad romana de Volubilis, que han exhumado piezas de alto valor histórico, ha aparecido un curioso brazalete hecho por láminas de bronce, cuyo hueco se cerraba por una chapita y que constituía un curioso portamonedas, probablemente femenino.

Contenía ciento quince denarios de plata romanos, de los cuales tres eran republicanos y medio del Alto Imperio, cuyas fechas extremas son Nerón (54-68 después de J. C.) y Adriano (117-138 después de J. C.). Es, por otra parte, el primer tesoro de monedas romanas aparecido en Marruecos.— *J. P. de B.*

EVARISTO BRECCIA.— *Le Musée Gréco-romain, 1925-1931*. En folio, 102 páginas, con figuras en el texto, 60 láminas, conteniendo 214 figuras y una en color y dos planos. Bergamo, Instituto Italiano d'Arti Grafiche, 1932.

La Municipalidad de Alejandría vuelve, afortunadamente para la ciencia, a publicar sus Memorias de trabajos, que habían sufrido una lamentable interrupción. Hoy el Ayuntamiento alejandrino, dando un altísimo ejemplo de cultura, que pueden seguir muchas grandes capitales europeas, nos da un volumen irreprochablemente impreso de los trabajos realizados en seis años por el Museo Greco-romano de la Municipalidad.

La cantidad de materiales publicados en este volumen es de tal variedad, en tal cantidad y excelente calidad, que resulta un verdadero acontecimiento la reaparición de las publicaciones alejandrinas y un instrumento de trabajo apreciableísimo por el gran interés para todo el mundo helenístico.

El Museo de Alejandría está llamado a ser, una vez la nueva y lujosísima instalación en el monumental edificio proyectado sea un hecho, uno de los centros de investigación arqueológica de más valor de nuestro mundo antiguo, ya que la importancia de esta región en la antigüedad ha sido de primer orden.

En el presente volumen publica E. Breccia una cantidad extraordinaria de nuevos materiales, procedentes de hallazgos casuales o de excavaciones que él ha dirigido por cuenta de la Municipalidad. Entre los descubrimientos de los últimos años ocupan lugar destacado el hipogeo de Saleh en la necrópolis occidental, los relieves decorativos coptos de Oxyrhincos, varios mosaicos de gran valor artístico, retratos de cajas-momias del oasis de Baharieh y varios retratos imperiales.

De desear es que la Municipalidad de Alejandría no interrumpa nuevamente la tarea reemprendida, sino que la intensifique en sus publicaciones, la aumente y organice ampliamente en lo que se refiere a excavaciones, y que el grandioso Museo Greco-romano, que debía sustituir al viejo e inútil edificio, sea una realidad para bien de la ciencia y embellecimiento de la Alejandría moderna, digna continuadora de la ciudad fundada por Alejandro.

Al Ayuntamiento de Madrid le brindamos el ejemplo admirable de la Municipalidad egipcia de Alejandría.— *Julio Martínez Santa-Olalla.*

Apéndice

ABATE ENRIQUE BREUIL y DR. HUGO OBERMAIER.—*La cueva de Altamira, en Santillana del Mar*. Prólogo del excelentísimo señor DUQUE DE BERWICK Y DE ALBA. Nueva edición publicada por la Junta de las cuevas de Altamira, The Hispanic Society of America y la Academia de la Historia. Volumen en folio, con 236 páginas, 183 figuras y 52 láminas en fototipia y en color. Madrid, 1935.

La cueva de Altamira, que por la belleza e inmejorable estado de conservación de sus pinturas paleolíticas era única en el mundo, estuvo amenazada en 1925 de hundirse. Las grietas producidas por una cantera que estuvo abierta encima antes de su descubrimiento produjeron desprendimientos de bloques del techo, así como corrientes de agua, que hacían temer el que un día desapareciera para siempre lo que Dechelette llamó la capilla Sixtina del arte cuaternario.

Entonces se creó la Junta protectora de la cueva de Altamira, presidida por el duque de Alba, y de la que formaban parte como técnicos el profesor D. Hugo Obermaier y D. Alberto del Corral. La Junta adquirió los terrenos en los que se abre la cueva; hizo construir muros de sostén en el interior de la cueva que alejaron el peligro de nuevos hundimientos, y ordenó recubrir la superficie del terreno, debajo del cual está la cueva, de una capa de cemento que consolidara la roca y evitara las filtraciones de agua.

Se facilitó también el acceso al público, pues se construyó una carretera desde Santillana del Mar; se hicieron caminos en el interior de la cueva, y se dotó a ésta de iluminación eléctrica.

En el orden científico también se realizaron importantes obras, pues se excavó el yacimiento paleolítico del vestíbulo, y en fecha posterior el abate H. Breuil volvió a copiar las pinturas y grabados.

La última labor que restaba realizar a la Junta, la de publicar un nuevo estudio de estas maravillosas obras artísticas de la lejana Edad de la Piedra tallada, ha sido ultimada.

Cuando Altamira fué estudiada en 1902 por E. Cartailhac y el abate H. Breuil sólo existían pequeños trabajos sobre la misma, algunos tan meritorios como los de su descubridor D. Marcelino S. de Santuola. La labor que realizaron entonces y las copias excelentes del segundo fueron publicadas en 1906 bajo los auspicios del príncipe de Mónaco. Este volumen se agotó en seguida.

La obra que ahora sale a la luz no es una segunda edición de aquélla. Es completamente distinta y original, puesto que no en balde han transcurrido treinta años, durante los cuales los estudios sobre el arte prehistórico han adelantado considerablemente.

Se ofrecen en ella nuevas copias en color de las maravillosas pinturas del gran techo, en las que ha llegado H. Breuil a una interpretación más exacta gracias al camino circular excavado en el suelo, que permite contemplarlas a mayor distancia, y al alumbrado eléctrico, que facilita distinguir con toda exactitud los tonos de color.

Al contemplar las pinturas de Altamira, o simplemente las copias de esta obra, causa asombro el pensar cómo con aquellos pobres medios los hombres paleolíticos, cazadores de bisontes, de renos y de mamuts, pudieron realizar tan maravillosas imágenes de un arte tan real y tan maduro.

Las pinturas se realizaron con ocre, hematites y carbón, reducidos a polvo y mezclados con grasa; es decir, una especie de pintura al óleo. Las grandes figuras del techo de la gran sala tienen los contornos grabados, pero lo más asombroso es que se utilizaran relieves rocosos naturales para dar la sensación de relieve y el que para conseguir efectos determinados y de color más armoniosos se retocarán ciertas partes de estas pinturas policromadas con raspados y lavados. En la descripción de las pinturas policromadas se menciona cuáles son las partes grabadas y raspadas y las modificaciones introducidas en las antiguas copias por la moderna revisión de H. Breuil.

Los policromados del techo de la sala próxima a la entrada no son las únicas decoraciones murales de la cueva. En el resto de ella, aquí y allá, sobre cornisas rocosas o en rincones ocultos hay otras pinturas y grabados, que H. Breuil y H. Obermaier nos describen minuciosamente. Son figuras de animales o signos de gran interés, puesto que ponen bien de manifiesto el que las cuevas con arte paleolítico fueron santuarios en que se llevaron a cabo ceremonias de magia o de totemismo.

Las primeras pinturas son raros fragmentos de animales rojos lineales que se relacionan con líneas entrelazadas y dibujos hechos sobre la arcilla que cubre la roca de la galería. Después siguen animales bárbaros trazados por anchas bandas, signos pintados en forma de tienda o de escalera y de color rojo y grabados de gran tamaño. Una etapa siguiente, que pertenece al Auriñaciense, como las anteriores, es aquella a la que pertenecen signos y grabados rojos, manos pintadas y grabados que representan chozas, hombres enmascarados y animales.

El hallazgo en el yacimiento del vestíbulo de omoplatos de ciervo con cabezas de este animal ha permitido el poder fechar como del Solutrense final o Magdaleniense inicial las figuras negras y las cabezas de ciervas del gran techo, así como los animales dibujados en negro y los grabados estriados de ciervos, ciervas y caballos. Ulteriores son las figuras negras finas y los mejores grabados que anteceden a los hermosos policromados.

La cronología del desarrollo de las pinturas y grabados de las cuevas de estilo franco-cantábrico, al que pertenece la cueva de Altamira, ha sido estudiada por los profesores Breuil y Obermaier de manera irreprochable. Es natural que hayan podido llegar a resultados firmes después del estudio de más de cuarenta y cinco cuevas llevado a cabo en más de treinta años de trabajo. En resumen, puede decirse que el arte rupestre franco-cantábrico se desarrolló en el Auriñaciense hasta llegar a pinturas bicromas de un arte bastante perfecto.

Al final de este período tuvo lugar la invasión de nuevos pueblos procedentes de Hungría, los solutrenses, que carecían de sentido artístico y que paralizaron el desarrollo de los auriñacienses, que quedaron arrinconados en los macizos pirenaicos. Muchos siglos después esta gente originó la cultura magdaleniense, que se propagó por buena parte de Europa, Cantabria y Francia, y fueron los focos donde el arte rupestre alcanzó la perfección extrema que acredita a la cueva de Altamira.

En el vestíbulo de ésta hay restos de haber vivido el hombre paleolítico. Desde tiempos de Santuola se han hecho excavaciones, especialmente por D. Herminio Alcalde del Río. En estos últimos años el profesor Obermaier reanudó estos trabajos exploratorios y encontró niveles magdalenienses y solutrenses, así como huellas de

progresivo hundimiento del techo, que obligó al hombre a desalojar la cueva, que en los últimos tiempos del Cuaternario se transformó en «gran santuario policromado, secreto y escondido por su difícil acceso». Un último hundimiento cerró la cueva, hasta que al final del siglo pasado fué conocida gracias a la casualidad. Con el estudio de las industrias de piedra, hueso y asta de los tiempos solutrenses y magdalenenses, los autores dan fin a esta obra, que está provista de varios índices que facilitan su consulta.

Tanto ellos, como el duque de Alba y las entidades que han cooperado en la publicación—se ha hecho además una edición inglesa—, son merecedores del reconocimiento y aplauso del mundo culto, puesto que se trata de una obra digna en todos los aspectos del tema de que trata.—*J. P. de B.*

ANTONIO GARCÍA BELLIDO.—*Factores que contribuyeron a la helenización de la España prerromana. I. Los iberos en la Grecia propia y en el Oriente helenístico.* «Boletín de la Academia de la Historia», 36 páginas y 5 láminas, 1934.

El profesor García Bellido abre ahora, con el trabajo que reseñamos, un horizonte más amplio para poder comprender aquella serie de relaciones que nuestra Península hubo de tener con los pueblos más cultos del Mediterráneo oriental y que fructificaron en aquellas manifestaciones del arte ibérico tan sumamente interesantes. Hasta hoy se había señalado, para explicar nuestro arte prerromano, lleno de influencias helénicas, el influjo que pudieron transmitir los pueblos colonizadores a través de sus colonias de mercaderes; mas era realmente poco para explicarnos una asimilación tan intensa de la cultura clásica como la que ofrece nuestro arte prerromano, la influencia que pudieron ejercer las extremas colonias que los griegos fundaron en España desde Rodas y Emporión hasta Hemeroscopeión y Alonai.

García Bellido señala el valor que tuvo en la introducción de productos clásicos el comercio cartaginés; pero sobre todo por el citado trabajo se ve que aquella asimilación del mundo clásico no fué debida solamente a simples relaciones comerciales, cuya intensidad todavía queda por fijar, así como el lugar de origen de los productos que griegos y cartagineses introdujeron con su comercio en la Península. La importancia del trabajo que reseñamos es que nos pone de manifiesto de una manera clara, con una labor sumamente documentada, la gran importancia que tuvo para la helenización de nuestra España prerromana las relaciones que los iberos mantuvieron con los griegos, sirviendo en sus ejércitos como mercenarios y visitando de este modo el mundo clásico al intervenir en varias de sus guerras, pudiéndose assimilar de esa manera parte de aquel espíritu griego que aparece en el arte indígena peninsular desde el siglo v (antes de J. C.) hasta la llegada de los romanos.

Principalmente en Sicilia vemos a los pueblos de la antigua Iberia actuar como mercenarios, primeramente al servicio de los cartagineses y más tarde, en tiempos del tirano Dionisios de Siracusa, pasando al servicio de las colonias griegas de aquella isla, llegando a suponer García Bellido una alianza entre el célebre tirano Dionisios el Viejo y los pueblos peninsulares, que hasta entonces habían sido fieles aliados de los cartagineses, en cuyas filas sirvieron como excelentes soldados en las guerras que Cartago sostuvo en Sicilia. La hipótesis indicada resulta agudamente observada y basada en el estudio minucioso que de los textos clásicos ha hecho el citado autor, como más adelante señalaremos. Pero no sólo en Sicilia vemos a los iberos. García Bellido ha investigado minuciosamente sus hazañas y estancia

en la propia Grecia. En las guerras tebanas, en Corinto y en la propia Atenas, hasta en el Asia Menor, en presencia de Alejandro Magno, aparecen los antiguos habitantes de la Península ibérica citados unas veces por los historiadores y otras por los literatos.

Después del trabajo que reseñamos, en que vemos a los iberos intervenir en las luchas intestinas del mundo helénico en el mismo suelo donde estaban levantados los templos, los santuarios y los demás monumentos clásicos, se puede comprender el arte ibérico en general desde las hermosas esculturas del *Cerro de los Santos* y Elche hasta las artes industriales tan interesantes de aquella época.

Todo lo que las andanzas de los soldados mercenarios peninsulares dejaron en su contacto con los griegos ha sido estudiado por García Bellido, tanto los relatos históricos como los objetos arqueológicos, haciéndolo de una manera acabada, y no decimos definitiva porque tal vez modernas investigaciones señalen nuevas pruebas de aquellas relaciones, que debieron ser sumamente intensas y duraderas. En el citado trabajo se reproduce el interesante broche, típicamente posthallstático, de nuestros celtas, que apareció en Olimpia y que se conserva en el Museo de Atenas, de un interés extraordinario, porque nos prueba objetivamente la estancia en Grecia de nuestros celtas y ayuda a fijar su cronología.

En este sugestivo trabajo se han estudiado los textos clásicos con gran detenimiento, siendo en este sentido de un gran valor esta publicación. En efecto, teníamos una espléndida colección de textos griegos recogidos por el profesor Schulten (*Fontes Hispaniæ Antiquæ...*), al cual tanto se debe en el estudio e investigación de la antigua Iberia. A esta colección de textos referentes a la España prerromana ha añadido ahora el profesor García Bellido una serie de citas de autores griegos del mayor interés para el conocimiento de las relaciones de nuestra Península con la Grecia clásica, las cuales no habían sido señaladas ni recogidas en la citada recopilación de Schulten.

Por todo ello es digna de felicitación y elogio la labor de García Bellido, por su importante aportación para el estudio y comprensión de nuestra cultura prerromana.—*M. Almagro.*

RAMÓN EZQUERRA.—*Descubrimiento de un dolmen aragonés.* «Investigación y Progreso». Año VIII, págs. 33-35. Madrid, 1934.

M. ALMAGRO BASCH.—*Exploración de los primeros sepulcros megalíticos aragoneses.* «Actas y Memorias de la Sociedad Española de Antropología, Etnografía y Prehistoria». Tomo XIII, págs. 271-272 y tres láminas. Madrid, 1934.

Se trata de dos cistas situadas a cuatro kilómetros del pueblo de Biescas (partido judicial de Jaca, Huesca), en el valle del Tena. El primer sepulcro descubierto es una cista, formada por dos gruesas losas laterales y otras más pequeñas en los frentes. La excavación proporcionó un colgante de diente de ciervo, una punta almeriense de forma lanceolada o de hoja de laurel, un hueso pulimentado, etc.

El otro, situado a unos cincuenta metros de distancia, era del mismo tipo. El ajuar encontrado era una punta de flecha, una cuenta de collar de piedra blanca, un fragmento de azabache, dos cuchillos de sílex y un fragmento de borde de un cuenco liso argárico.

Son interesantes por constituir el enlace de las dos zonas vasca y catalana de la cultura pirenaica de los principios de la Edad del Bronce.—*J. P. de B.*

J. R. DOS SANTOS JUNIOR.—*As pinturas prè-históricas do Cachão da Rapa*. «Trabalhos da Sociedade Portuguesa de Antropologia e Etnologia». Volumen VI, Pôrto, 1933.

Las importantes pinturas rupestres de Cachão da Rapa, que fueron conocidas desde el siglo XVIII gracias a la obra del contador de Argote, fueron encontradas nuevamente en 1853 con motivo de la construcción de la vía férrea del Duero. Desde entonces se daban por perdidas o destruidas. Por esta razón su redescubrimiento hecho por J. R. dos Santos Junior tiene una gran importancia, pues se trata de una localidad clásica y notable del arte rupestre portugués. Se encuentran en el término de la feligresía de Ribalonga, Concejo de Carrazeda de Ansiães, distrito de Braganza, en un acantilado rocoso que domina el Duero, debajo del cual está excavado el túnel da Alegria, que dista poco más de dos kilómetros de la estación de Tua.

La superficie en que se encuentran las pinturas no ha sufrido una preparación previa; las pinturas se han aplicado sobre la roca al natural. El estado de conservación de las pinturas es bastante satisfactorio y se debe a la naturaleza de los colores, cuya materia sólo se puede apreciar por el análisis químico, y a la disposición natural de la superficie pintada, protegida por lo alto por un saliente rocoso o *pala*.

Las pinturas, de las cuales esta monografía ofrece fotografías sin retoque y nuevas copias en color, se distribuyen en un espacio que mide tres metros de alto por dos de ancho. Los colores empleados son un rojo ennegrecido de tono vinoso y un azul tan oscuro que se le ha creído fuese negro. Lo insólito del color azul nos hace pensar en la posibilidad de que sea efectivamente un negro azulado propio de algunos colorantes de manganeso, extremo que sólo puede ser comprobado por el análisis químico.

Falta la figura humana esquemática. Entre todos los signos predomina el rectángulo ajedrezado, sobre el que hay dos o tres filas de rayitas que algunos autores han comparado con los ídolos sobre placa de pizarra tan frecuentes en Portugal.

Estos, según P. Wernert, son representaciones de antepasados, por lo cual es posible que las pinturas estén en relación con antiguas sepulturas que había en las anfragosidades que se encuentran debajo y que las gentes del país llaman *cova da Moura*. Sin embargo pudiera estar en relación con manifestaciones de culto al Duero, ya que a su pie hay un peligroso remolino. De todas maneras no cabe duda, de acuerdo con Santos Junior, que se trata de un santuario rupestre que corresponde al Eneolítico avanzado o a la Edad del Bronce, lo que juzgamos por nuestra parte más probable, aunque independiente del área del arte rupestre del Norte de Portugal y de Galicia.

Nos complace extraordinariamente el felicitar al conservador del Museo Antropológico de la Universidad de Oporto por su exhumación de una localidad de arte rupestre tan importante que se creía ya perdida para siempre.—*J. P. de B.*

GEORG LEISNER.—*Nuevas pinturas megalíticas en España*. «Investigación y Progreso». Año VIII, págs. 146-152. Madrid, 1934.

A la lista, ya numerosa, aunque no con exceso, de pinturas megalíticas se añade ahora la del dolmen de Pedra Coberta (Coruña) que nos describe el doctor Georg Leisner, y que a su vez es claro indicio de la existencia de otras más en Galicia. Se trata de un sepulcro de corredor muy destruido, cuyas losas estuvieron pintadas en rojo o negro. Se distingue en casi todas ellas una zona inferior de líneas ondula-

das, estrechas, que a veces se aproximan a la forma en zig-zag. La segunda zona, sólo conservada en una piedra, consta de líneas gruesas verticales en negro con pequeños triángulos adheridos. Una línea negra forma la separación con la tercera zona o superior que estaba formada, a juzgar por los rastros de tres piedras, en líneas onduladas ascendentes u horizontales.

En resumen, estaba pintada toda la sepultura, tanto la cámara como el corredor, de la cual el dolmen de Pedra Coberta es el primer caso conocido en España. En Portugal refiere Fortes que la decoración del dólmen de Salles pasaba de una piedra a otra. Se conocían ya sepulcros en que la decoración se refería a una sola piedra (Cangas de Onís, Pedralta Cõta), que ha sido interpretada como la figura de un ídolo. Sin embargo las pinturas de Pedra Coberta son superiores por la unidad del plan artístico, la riqueza de formas y la buena calidad del trabajo. El doctor Leisner ve relación a través de los ídolos de Almería con las culturas del Sur de la Península.—*J. P. de B.*

JULIO MARTÍNEZ SANTA-OLALLA.—*Una vajilla ibérica de plata del país de los mastienos*. «Investigación y Progreso». Año VIII, págs. 163-167. Madrid, 1934.

Suele ser fatal para nuestra Arqueología que las piezas más valiosas de los hallazgos casuales o se pierdan para la ciencia o caigan en manos de chamarileros, los cuales, al ofrecer las piezas al Estado o a particulares, callan la procedencia o la dan falsa, con el fin de conservar explotable el yacimiento. La falta de vigilancia y la desorganización de nuestros servicios arqueológicos, tanto del Estado como provinciales y municipales, trae consigo hechos verdaderamente lamentables.

En ello ha sido excepción el tesoro de una vajilla ibérica de plata aparecida en el des poblado de Vallejo de las Viñas, en el término de Abengibre (Albacete), recién ingresada en el Museo Arqueológico Nacional, y que ha sido estudiada por D. Julio Martínez Santa-Olalla.

Los objetos primeramente conocidos —después han llegado otras nuevas piezas al citado centro oficial (26 ó 28 platos y otros platillos pequeños)— son nueve platos y una madeja de tiras de plata. Aquéllos son de tres tipos: una pátera, dos especies de páteras con un aro que les sirve de base y seis platos de perfil anguloso.

Por la forma y técnica recuerdan la pátera de oro y el brasero de plata del tesoro de La Aliseda, así como también a platos ibéricos pintados de Peal del Becerro (Jaén) y Mogonte (Valencia). Fuera de España las páteras tienen paralelos en las regiones mediterráneas, y los otros platos en vasos hallstáticos, principalmente de barro, lo cual da como fecha aproximada del siglo VII al V antes de J. C.

Es de notar que algunos de los platos de Abengibre tienen inscripciones ibéricas y decoraciones de palmetas y figuras humanas y de animales grabadas.

Las primeras parece que, por repetirse, son simplemente el nombre del dueño. Las palmetas, comunes a infinitas piezas mediterráneas, corresponden como fecha media al siglo V, o incluso principios del IV.

De las otras figuras es interesante la de un guerrero del mismo armamento, indumentaria y estilo que los que aparecen en vasos ibéricos, como, por ejemplo, en Oliva (Valencia) y Archena (Murcia). Con los jabaltes de la célebre urna de los guerreros de esta última localidad se relaciona una representación de este animal grabada en un plato de Abengibre. También, por tanto, la comparación de la cerámica da como fecha de esta rica vajilla de un príncipe mastieno el siglo V o los principios del IV precristiano.—*J. P. de B.*

J. M. DE BARANDIARÁN.—*El hombre primitivo en el país vasco*. «Colección Zabal-kundea, III», 112 páginas, un mapa, 57 figuras, en parte fuera del texto. San Sebastián, 1934.

El contenido, aunque más compendiado, se parece mucho a la otra obra del mismo autor, publicada recientemente en el *Anuario de Eusko-Folklore*; sin embargo, además de localizar más los problemas de la Prehistoria y sus relaciones con la Etnografía gracias al conocimiento que de ambas cosas tiene el autor, aporta nuevos datos y nuevas figuras, incluso referentes a excavaciones de estos últimos años, aún inéditas, pero de las que el autor puede responder en cuanto a su autenticidad.

El llamado pórtico justifica las bases de conocimiento, arqueológicas y etnográficas, para esbozar los tiempos anteriores a la introducción del cristianismo entre los vascos, y cuida de advertir, cosa que el lector no suele gustar de tener en cuenta, el valor provisional e hipotético de muchas de las soluciones. Es verdad que otros lectores tenderán con ello a la incredulidad respecto de la Prehistoria, sin reflexionar que las otras ciencias de su predilección tienen bases más endebles.

El primer capítulo lo dedica al período más antiguo, aduciendo, además de los restantes del país, algunos ejemplos de fuera de él. Hace referencia a una mandíbula humana hallada en Isturitz, según Breuil, citado por Boule, y que sería de la raza neandertal, único dato antropológico no bien comprobado, aunque sí los datos culturales.

El segundo capítulo viene a ser un preámbulo del tercero, en que estudia con más extensión, rica en datos y figuras, el período siguiente, uno de los más interesantes en la evolución artística y económica; en esta última podría conducir a error al lector al mencionar como de dicho período paleolítico los concheros de Santimamiñe y Lumentxa (pág. 41), que luego se mencionan en su propio período (pág. 57); las figuras «antropomorfas» (fig. 30) las ha tomado algún lector por algo muy lejano a la mente del autor, por falta de explicación del término técnico. El parangón que hace el profesor Obermaier con los disfraces de hechiceros de pueblos salvajes podría extenderse a los de ciertos enmascarados o «zomorros» de la montaña de Santander, etc., aunque en sentido inverso, pues propiamente son disfraces zoomorfos. Al lector convendría decirle qué quiere decir apariencias belúfnas de ciertos genios femeninos llamados *Mari*.

Después de un breve capítulo sobre el Epipaleolítico y Neolítico, se extiende el autor sobre los siguientes períodos prehistóricos de la Edad de los Metales. En aquél insinúa la afición culinaria de los pueblos circunvecinos a los caracoles de monte, que no faltan en el conchero de Santimamiñe, aunque bien pudieron penetrar espontáneamente sin intervención humana. En cuanto a la identidad de la raza humana desde los tiempos neolíticos (Edad del Cobre), he de advertir que en realidad se funda en la falta de contradicción, y quedan incógnitos los rasgos característicos de la base del cráneo y algunos de la cara; merecería consignarse, en cambio, la existencia de casos de irregularidad dentaria y lo absolutamente infundado de la creencia vulgar del gigantismo de los gentiles.

Con lo consignado por Barandiarán respecto a distribución de dólmenes podría ver el Sr. Gómez Moreno lo muy equivocado de sus propias elucubraciones sobre iberos, vascones y tribus más occidentales; bien es verdad que sus equivocaciones tienen mucho de pasionales. Respecto a la domesticación del caballo, es posible que además del indigenismo de sus nombres conviniese ver si se pudiera apoyarlo en argumentos parecidos a los aplicados por Staffe a la vaca. No hubiera estado de más

tener en cuenta que la población dispersa, que el autor casi identifica con la trasumante pastoril, es también compatible con la antiquísima labranza a brazo con laya y azada, sin animales de tiro; por otra parte, en el alto Pirineo hay poblados pastoriles y no caseríos o seles; es de notar el carácter pirenaico (no ribereño) de la fanga catalana como de la laya, y en un dolmen de Alzania encontramos una azuela de piedra. En ese capítulo dedica el autor una buena parte a la religión y encuentra muchas reminiscencias indoeuropeas, fundándose principalmente en el folklore y en interpretaciones etimológicas.

Por último estudia con brevedad la época de romanización, precedida de los contactos con iberos y celtas. En cuanto a la cristianización observa que «casi todas estas ermitas e iglesias tienen advocaciones usuales en la iglesia primitiva, lo cual parece revelar que la cristianización de muchos templos paganos data de los primeros siglos de nuestra era en el país vasco».

Concluye con cuatro páginas de muy útiles notas bibliográficas de prehistoria vasca, en que se incluyen no sólo las publicaciones del último cuarto del pasado siglo, sino también todas las del primer tercio del presente y varias aún en preparación, pero de que se pueden ver ya los hallazgos en los museos correspondientes. *Telesforo de Aranzadi* (Barcelona).

HANS ZEISS.—*Die Grabfunde aus dem spanischen Westgotenreich*. Berlin und Leipzig (Walter de Gruyter & Co.), 1924. Páginas VIII-207, 32 láminas.

En el cuadro de actividades de la Römisch-Germanische Kommission de Frankfurt, extraordinariamente aumentado bajo la égida inteligente de G. Bersu y H. Zeiss, hallamos una nueva serie de publicaciones, honor de sus directivos y de la institución, que tan alto mantiene en el mundo el pabellón de la ciencia alemana.

Esta nueva serie de publicaciones es la llamada *Germanische Denkmäler der Völkerwanderungszeit*, cuyo primer tomo, en dos volúmenes, fué el de W. Veeck, *Die Alamannen in Württemberg*; el segundo, de H. Zeiss, del cual nos vamos a ocupar, y el tercero, cuya aparición es inminente, de Joachim Werner, a los que seguirán otros muchos no menos interesantes, en tal forma que en las publicaciones de esta filial del Instituto Arqueológico del Imperio Alemán se reúna y centralice todo aquello de valor positivo, estrictamente científico, referente a la época de las emigraciones de los pueblos germánicos.

En la serie magnífica de la Comisión de Frankfurt aparece el libro de Hans Zeiss, obra de elaboración paciente y cuidada, en la que su autor no ha regateado esfuerzo ni viaje alguno por todo el ámbito peninsular buscando en todas partes los dispersos y poco abundantes restos visigodos. Tras una reunión personal de todo el material, comenzó H. Zeiss, uno de los que mejor conocen en Europa la historia y arqueología de los pueblos germánicos en el comienzo de la Edad Media, el estudio minucioso de todo él, y especialmente a base de un profundo conocimiento de los restantes materiales, pudo llegar a los resultados logrados, sorprendentes, sobre todo, si se tiene en cuenta que faltaban conjuntos importantes sistemáticamente excavados y también publicados. De especial interés pudo ser para él a este respecto el conocimiento, forzosamente fragmentario, de Carpio de Tajo (Toledo), que pudo ser la localidad clásica y clasificadora, en lugar de Herrera de Pisuegra (Palencia), excavada muchos años después.

El libro de Zeiss, hecho en una época en que la investigación no había comen-

zado en España, salía lógicamente pobre de material, sobre todo si tiene en cuenta que para cuando aparece se conoce ya el cementerio de Herrera de Pisuerga, Daganzo (Madrid), el enorme de Castiltierra (Segovia), Estables (Guadalajara), etc. Mas esta desventaja no daña en realidad a un libro que tiene gran valor intrínseco, que reúne—trabajo penoso—todos los antiguos materiales, en tal forma que nos evitará en lo sucesivo consultas bibliográficas de cosas viejas, y que será siempre obra clásica de la arqueología visigoda.

Comienza H. Zeiss su obra dedicando unas páginas a la historia de la investigación arqueológica de los visigodos en la Península y Sur de Francia. Luego la obra queda dividida en varios capítulos, descompuestos en dos partes: una, de tipología, cronología, repartición de hallazgos y encajamiento entre las antigüedades germánicas, así como en el marco histórico, y otra parte meramente de catálogo sistemático de los materiales utilizados.

Muy detallado es el estudio tipológico de fibulas, hebillas, broches y otros objetos de adorno y uso personal, en que nada falta, pues si acaso echásemos de menos bocados de caballo, por ejemplo, o bien objetos votivos (Guarrazar), hemos de recordar que el autor se ocupa sólo de los ajuares sepulcrales, aunque haga alguna concesión a piezas que indudablemente no lo son (cruces de Villafáfila y Burguillos, por ejemplo).

El estudio tipológico de las piezas de ajuar funerario lleva inevitablemente a las conclusiones cronológicas e históricas y culturales bien vistas y plenamente aceptables, salvo pequeños problemas de detalle o puntos que la nueva investigación permita ver en forma distinta.

Tomados en conjunto los resultados de H. Zeiss en su libro, coinciden éstos, salvo detalles que se irán rectificando o ratificando a la vista de nuevas excavaciones, con los resultados que yo exponía en mi monografía sobre Herrera de Pisuerga (J. MARTÍNEZ SANTA-OLALLA: *Necrópolis visigoda de Herrera de Pisuerga (Palencia)*. Madrid, 1933), o en varios otros trabajos sobre este tema. H. Zeiss llega a establecer tres grandes grupos dentro de nuestra Arqueología, con todas las características por mí también descritas y que corresponden a los siglos V, VI y VII. Esta coincidencia y acuerdo independiente en la sistematización de la arqueología visigoda, así como la mutua confirmación de la base cronológica, permiten afirmar rotundamente la gran seguridad que ofrecen las fechas y períodos por nosotros expuestos.

Un acierto de H. Zeiss ha sido incluir piezas y ajuares romanos tardíos que pueden ayudar eficazmente a ver el problema de la germanización de España, así como lo mucho que puede haber de coincidente entre estados culturales semejantes en el fondo, pues hay una tradición y cultura clásicas aprendidas en el Sur de Rusia y Danubio especialmente, y otra cultura clásica impuesta, esto para regiones apartadas, a un elemento hispano de componentes camitas y arios.

No me parece oportuno entrar en la contrastación de ciertos resultados, y mejor de opiniones, que alargarían excesivamente esta recensión, puesto que sobradas ocasiones he de tener en el transcurso del tiempo para hacerlo en publicaciones sobre este tema.

Lo que no quiero dejar pasar por alto en esta ocasión son algunas alusiones que me hace en el mencionado libro. En la página 15 dice que desconozco la evolución del adorno escaleriforme de una fibula publicada por mí en el año 1931 (J. MARTÍNEZ SANTA-OLALLA: *Sobre algunos hallazgos de bronce visigóticos en España*. «Ipek», VII); esta afirmación no se ajusta a la realidad, pues bien claro hablo

(pág. 58) de «un punteado marginal y una decoración de meandros». En la página 46 dice, refiriéndose a mi trabajo mismo de «Ipek», que no es exacto el interpretar ciertos temas decorativos de los broches rígidos fundidos de mi grupo III o bizantino como cabezas de aves, sino como palmetas; hay ciertamente en la mayoría de los casos el tema vegetal bizantinizante, mas hay también a veces la cabeza de ave bastante naturalista o esquemática; de ellos hay muestras en mi aludido trabajo de «Ipek», figuras 5 (por cierto invertida en la lámina) y 10, para cabezas de ave, y figura 11, por ejemplo, además de referirme expresamente a los «motivos florales muy esterilizados y caprichos» (pág. 59). Más adelante, página 52, dice que yo interpreto en «Ipek» el broche en forma de cruz, dado por mí como de Quintanilla de Lara, provincia de Burgos, y como de Herrera de Pisuegra por él, lo que revela la incertidumbre del lugar de hallazgo o la falsedad en los informes suministrados a uno de los dos, en lo que hace a su decoración como un rostro humano, y tomo las hojas por árboles, cuando en los dos renglones y medio que dedico (pág. 58) a tal pieza no hablo para nada de su decoración.

H. Zeiss se ha hecho acreedor a la gratitud de los arqueólogos españoles, ofreciéndonos se excelente e indispensable libro, que viene a sumarse al movimiento iniciado en España (1931) acerca de la arqueología visigoda con tan magnífica y valiosa aportación.—*Julio Martínez Santa-Olalla.*

WILHELM A. VON JENNY und W. F. VOLBACH.—*Germanischer Schmuck des frühen Mittelalters.* Berlín («Verlag für Kunstwissenschaft»), 1933. 53 págs. y 54 láms.

No es el libro de von Jenny y de Volbach obra de investigación dirigida a un público de especialistas ni monografía que estudie este o aquel problema, sino que es sencillamente un álbum de magníficas fototipias, dirigido principalmente al gran público culto y acompañado de una introducción que centra en el tiempo y el espacio las producciones más selectas de la orfebrería germánica en la época de las grandes emigraciones, hacia fines de la Edad Antigua y comienzos de la Media si se trata del Sur de Europa o el centro, y hasta bien entrada ésta si del Norte, puesto que incluye hasta los vikingos.

La introducción al álbum de fototipias que forma el libro es exclusivamente de Wilhelm A. von Jenny en la parte histórica y cultural. La parte histórico-artística es de ambos autores. El texto, sin profundidades para especialistas, está perfectamente en armonía con el espíritu de la publicación, dando exacta idea al no iniciado de cuál es el ambiente, cuáles los problemas, cuál el espíritu artístico y cuáles los gustos de aquellos «bárbaros» que supieron crearse un estilo y un arte a base de elementos ranciamente clásicos y orientales, para salir desde las márgenes del Ponto, donde llegaron horros de arte y cultura, a difundir por los ámbitos de Europa ese arte caracterizado especialmente por la abigarrada joyería que les es privativa.

La utilidad para el gran público culto de esta obra es muy grande, pues son bellos libros como éste los que ensanchan el campo de los interesados por nuestros estudios. Mas, aparte de este interés general, es indudable, al menos desde España, donde la falta de centros de investigación y bibliotecas decorosas es absoluta, tiene el libro *Germanische Schmuck* un interés positivo para el especialista, puesto que le ofrece en láminas de una calidad irreprochable y a gran tamaño una selección

de productos artísticos industriales germanos que le puedan sustituir como material una bibliografía generalmente rara y costosa.

Para nosotros, españoles y con vistas a lo visigodo, tiene un valor especial el álbum de von Jenny y Volbach, pues nos ofrece una serie muy representativa de la orfebrería y platería en las márgenes del Ponto, Danubio, y en general a todo lo largo del camino de emigración de godos y vándalos hacia España. Así hallaremos buenos broches de cinturón rusos, italianos y franceses con placas rectangulares, los cuales hemos utilizado H. Zeiss y yo para establecer la cronología de la arqueología visigoda. No faltan series de fibulas y toda clase de objetos de adorno que representan, con mayor o menor densidad, los distintos grupos étnicos, culturales y artísticos, así como los distintos momentos históricos.

Representación española, no lo selecta que hubiera podido ser y hubiésemos deseado, encontramos también a base de ejemplares de los Museos berlineses, un pendiente de oro en filigrana, perteneciente al grupo III de mi sistematización, un par de pendientes de oro en filigrana y colgantes de piedras procedentes de la región de Zaragoza, que, al igual de un colgante de oro de Guarrazar, son también del siglo VII. De bronce se publica la conocida hebilla de mi grupo III con la escena de Daniel entre los leones, un par de fibulas de Tarragona con la frecuentísima decoración de meandros, de aspecto escaleriforme, pertenecientes a mi período II (visigodo) y una aplicación del mismo metal.

A tan rica publicación acompaña un índice bibliográfico bastante completo, que puede servir de utilísima orientación a quien se interese de manera ya especial por la arqueología germánica.

Es lástima que a una obra tan perfecta tipográficamente no se la haya dotado siquiera de una fototipia en colores que hubiese contribuído a dar una exacta idea de obras como éstas, en las cuales el color y hasta los colorines son fundamentales.

Julio Martínez Santa-Olalla.

JULIO MARTÍNEZ SANTA-OLALLA.—*Einsilberner Hallstatthelm aus Spanien*. «Forschungen und Fortschritte». Jahrg IX, pág. 374. Berlín, 1933.

IDEM.—*Casco de plata céltico de la primera Edad del Hierro*. «Investigación y Progreso». Año VIII, págs. 22-25. Madrid, 1934.

Pieza excepcionalmente importante de nuestra arqueología es este casco prehistórico de plata del Museo del Instituto de Valencia de Don Juan (Madrid) procedente de Caudete de las Fuentes (Valencia).

J. Martínez Santa-Olalla nos lo describe como repujado en una hoja de plata decorada, con puntos en relieve, muy próximos y regulares, grandes discos, y en la parte anterior dos cuernos levemente repujados. Su estilo, netamente hallstático, es relacionado estilísticamente con los cascos de Laibach, el tesoro de Eberswald y la copa de oro de Zurich, y tipológicamente con los cascos semiesféricos de Tarquinia (Italia) y los *Schüsselhelme* del tipo de Laibach. Cronológicamente es atribuído al Hallstatt final (600-550 antes de J. C.).

El hecho, verdaderamente sorprendente, de que aparezca un casco netamente celta de tipo alpino con hondas influencias itálicas en la costa levantina justifica las conclusiones del autor de que pertenece al momento de la segunda invasión celta, en que los beribraces ocuparon las tierras altas levantinas y que en unión de

otros pueblos célticos llegaron por un momento a dominar en casi toda la Península.

La revisión del problema de los celtas en España, que es tema de palpitante actualidad, ha de hacerse, como indica J. Martínez Santa-Olalla, sobre la base del material centroeuropeo, del que se ha prescindido en la mayor parte de los casos por desconocimiento e incluso por la idea de absurdo patriotismo de que no hace falta el buscar fuera de España la solución de nuestros problemas arqueológicos.
J. P. de B.

ANTONIO GARCÍA BELLIDO.—*Sobre el probable origen del puñal español posthallstático del tipo llamado de «Miraveche» o del Monte Bernorio.* «Investigación y Progreso». Año VII, págs. 207-211. Madrid, 1933.

Este tipo de puñal, que hasta las excavaciones de Las Cogotas, realizadas por D. Juan Cabré, sólo se conocía un número limitado de ejemplares, se caracteriza por su forma y por su vaina, que termina en un disco o en cuatro discos pareados. Su cronología, según P. Bosch Gimpera, es de finales del siglo IV o comienzos del III. La variedad tipológica y la ornamentación rica y compleja hacen pensar, dada la falta de prototipos españoles, en que se trata de un tipo exótico que, como otros muchos, evolucionó en la Península ibérica.

A. García Bellido había advertido ya en 1931 (*Las relaciones entre el arte etrusco y el ibérico*) ciertas relaciones formales con puñales de la primera Edad del Hierro de Italia central (Noodlara, Corneto, etc.), y ahora estudia los tipos intermedios, geográficos y cronológicos, con los castellanos. Como tales presenta dos puñales hallstáticos de Neuenegg y Langenthal (cantón de Berna, Suiza) y otros de Salem (Sur de Alemania) y de un túmulo del Danubio superior, cuyas hojas muestran la típica estrechez del tercio final y el desarrollo y ornamentación del extremo de la vaina. Estas piezas corresponden al Hallstatt II. García Bellido piensa que estos prototipos del puñal de Miraveche llegaron a Suiza y círculos culturales vecinos gracias a la corriente comercial tan intensa que tuvo lugar entre el Norte de los Alpes e Italia, sobre lo cual insistió en su clásico *Manuel d'Archéologie préhistorique*, etc., J. Déchelette, merced a la cual llegaron también a la Península ibérica las fibulas del «Caballito» y de la Certosa, la placa de cinturón y el puñal de antenas, cuyos prototipos son efectivamente itálicos, como se pensó en un principio. Todos estos elementos culturales debieron ser traídos a España, como el puñal del tipo de Miraveche, según García Bellido, «en forma probablemente embrionaria por alguna de las tribus celtas invasoras, que debió habitar anteriormente en la región del Norte de los Alpes o en otra cualquiera cercana a ella».

Sólo queda en pie el problema de saber si vino con motivo de la segunda invasión celta o de la primera. El puñal prototipo de Salem pudo venir con la cerámica incisa y excisa del Roquízal del Rullo, Numancia, Las Cogotas y Madrid, que hay que relacionar con la de la *Hügelgräberkultur* renana y en algún caso, como sucede en la primera localidad, con la ornamentación (motivos, no la técnica) del mismo grupo de Salem.—*J. P. de B.*

ARTES GRÁFICAS MUNICIPALES
CONCEPCION JERONIMA, 15. MADRID
